

Armado y peligroso



Ronnie Kasrils

# ARMADO Y PELIGROSO

Edición a cargo de Jon Jimenez



EDICIÓN ORIGINAL

*Armed & Dangerous: My Undercover  
Struggle Against Apartheid*  
Jonathan Ball, 1993, Johannesburgo

PRIMERA EDICIÓN DE TXALAPARTA

Septiembre de 2012

© DE LA EDICIÓN: Txalaparta

© DEL TEXTO: Ronnie Kasrils

© DE LA TRADUCCIÓN:

Maricel Bauzá Sánchez

EDITORIAL TXALAPARTA S.L.L.

San Isidro 35-1A

Apartado 78

31300 Tafalla NAFARROA

Tfno. 948 703 934

Fax 948 704 072

txalaparta@txalaparta.com

www.txalaparta.com

DISEÑO DE COLECCIÓN Y CUBIERTA

Esteban Montorio

MAQUETACIÓN

Monti

IMPRESIÓN

RGM

Igeltzera poligonoa, 1 bis, A1 pab.  
48610 Urduliz - Bizkaia

ISBN

978-84-15313-24-3

DEPÓSITO LEGAL

NA. 1.762-2012

txalaparta



Para Eleanor, Andrew, Brigid y Cristopher.

## AGRADECIMIENTOS

Agradezco a la Editorial Jonathan Ball la publicación de este libro en su forma revisada y actualizada. Quisiera agradecer a Heinemann (Oxford) haber permitido la reversión de los derechos de la edición original, lo que allanó el camino para esta nueva edición.

Extiendo un agradecimiento especial a Francine Blum y Valda Strauss por la producción y edición de esta publicación y a Ian Steyn, mi cerebritito de la computación. Mi apreciación a Vicky Unwin, Jeremy Cronin y Tom Jenkins por su asistencia temprana, que no ha sido olvidada.

Mi gratitud a mis amigos por su aliento y sugerencias y a aquellos que, al brindarme amparo en tiempos difíciles, hicieron posible este libro. Escribí las Partes I, II y III en la primera mitad de 1993 y Heinemann las publicó a fines de ese año. Escribí la Parte IV en tiempo robado tarde en la noche o en los fines de semana entre mis deberes oficiales. Hacerlo requirió el apoyo y la esencia tranquilizante de mi esposa, Eleanor, a quien estoy especialmente agradecido.

Dado que no puedo agradecer a todos individualmente, quisiera hacerlo a todos los interesados en este proyecto e incluir un reconocimiento especial a las siguientes personas:

Participantes en el juicio de sabotaje de Pietermaritzburg, 1963-1964:

Natvorlall Babenia, Alfred Duma, Ebrahim Ismail Ebrahim, Dorsamy Kisten, George Naicker, Billy Nair, David Ndawonde, Curnick Ndlovu, Bernard Nkosi, Riot Mkwanzazi, Shadrack Mapamulo, Matthew Mayewa, Zakhele Mdla-lose, David Mkize, Kisten Moonsamy, Siva Pillay, Sonny Singh, Joshua Zulú.

Compañeros comisarios del MK en Angola, 1978-1979:

Edwin Mabitsela, January Másilela (Che), Vumile Ngculu (James), Jabu Nxumalo (Mzala), Chris Lungile Pepani (S'bali), Alec Tshabalala (Arthur).

Alto Mando del MK cuando se creó en 1983: comandante, Joe Modise; jefe de Estado Mayor, Joe Slovo; comisario, Chris Hani (1983-1986); jefe de Operaciones, Lambert Moloi; Ordenanzas, Job Thabane; Comunicaciones, Jackie Molefe; Logística, Bogart Soze.

Hani sucedió a Slovo en 1986 y Steve Tshwete pasó a comisario; Rashid Patel sucedió a Job Thabane como jefe de Ordenanzas en 1987.

Yo fui jefe de Inteligencia Militar de 1983 a 1988.

Compañeros revelados públicamente como agentes Vula, detenidos y fugitivos:

Pravin Gordhan, Farida Jadwat, Raymond Lalla, Janet Love, Mac Maharaj, Christopher Manye, Tsotsi Memela, Yusuf Mohammed, Catherine Mvelase, Billy Nair, Charles Ndaba (desaparecido), Sipihiwe Nyanda, Charles Scott, Jeremy Seebers, Mo Sheik, Solly Shoke, Jabu Sithole, Anesh Sunker, Mbuso Tshabalala (desaparecido), Vuso Tshabalala, Susan Tshabalala.

La letra de *The Harder they Come* es de Jimmy Cliff y se utiliza con amable permiso de Island Music Ltd., Media House, 334-336 King Street, London W6 0RA.

## PREFACIO

Noviembre -1990

«LA POLICÍA LLAMA AL PUEBLO a brindar ayuda para localizar al señor Ronnie Kasrils y a otros tres miembros del Congreso Nacional Africano [ANC] y el Partido Comunista de Sudáfrica [PC]». Acababa de sintonizar el telediario sudafricano y me encontraba con una fotografía de mí mismo. «Se busca a los cuatro en relación con la Operación Vula, el plan para derrocar al gobierno por la fuerza. También se les busca por la presunta importación ilegal de armas, municiones y explosivos». Después de dar detalles de los hombres, edades y alias de los cuatro fugitivos e indicar que se ofrecía una recompensa indeterminada por nuestra captura, el locutor terminó con una advertencia policial: «Kasrils y sus acompañantes están armados y son extremadamente peligrosos».

Si iba armado, era solo para protegerme y quien me consideraba peligroso era un gobierno que había practicado el apartheid durante más de 40 años. Para mi era un honor. Era noviembre de 1990 y no era la primera vez en mi vida que la policía de seguridad de Sudáfrica había colocado carteles de «Se busca» intentando capturarme.

Para sobrevivir a las difíciles e incluso peligrosas condiciones del proceso de transición del país, debía hacer uso de toda la habilidad que había adquirido en treinta años de actividad clandestina. El ANC y el PC de Sudáfrica habían sido legalizados en febrero de 1990. Casi toda nuestra dirección funcionaba legalmente, con lo que se daba inicio al delicado proceso de negociación con el gobierno del momento. Me encontraba en tierra de nadie, atrapado en un punto de giro de la historia, entre dos eras bien diferenciadas.

## PRÓLOGO

### MIRANDO POR ENCIMA DEL HOMBRO Principios de 1990 - Regreso a Sudáfrica

A FINALES DE 1989, ABORDÉ UN VUELO INTERNACIONAL en un concurrido aeropuerto del Mediterraneo con destino a Johannesburgo. Después de 27 años de exilio, más de la mitad de mi vida, regresaba a mi hogar.

Tenía poco más de 50 años, pero parecía mayor. No es que los años me hubieran tratado mal: lo que me envejecía era mi disfraz. Parecía un hombre de negocios, posiblemente griego o italiano, con el pelo teñido de negro, un traje bien cortado y el maletín reglamentario. Al envejecer había ganado peso hasta casi alcanzar los 90 kilos, pero, lamentablemente, con bastante menos de 1,80 metros de estatura. Tenía los cabellos ralos en la parte superior de la cabeza y había acentuado el proceso de calvicie afeitándome bastante las entradas. Me había dejado bigote y adelgazado mis inconfundibles cejas.

El consejo de despedida de Eleanor, cuando dejé mi personalidad normal en el aeropuerto londinense de Heathrow en el primer tramo del viaje, había sido: «Debes restar rapidez a tus movimientos una vez que hayas cambiado de identidad. En la próxima escala tienes que convertirte en una persona de 60 años... recuérdalo».

Mi esposa, Eleanor, había estado viviendo en Londres con nuestros dos hijos mientras yo trabajaba para el ANC desde su cuartel general de Lusaka. Como también tenía experiencia en la actividad clandestina, conocía los riesgos que estaba a punto de correr. Nos dimos un breve abrazo, pues no deseábamos atraer la atención en público. No sabíamos cuándo volveríamos a vernos y ambos tratábamos de ocultar la ansiedad.

Mi viaje había tenido su origen varios meses antes, en la pequeña oficina de Oliver Tambo –entonces presidente del ANC– en Lusaka. La oficina central de la organización estaba ubicada en un exiguo edificio de una sola planta en el centro de la capital de Zambia. Tambo estaba sentado en un escritorio grande, con papeles y expedientes ordenadamente apilados. La oficina estaba llena de fotografías, certificados y recuerdos que había recibido en sus viajes por todo el mundo en el transcurso de tres décadas.

Tambo hacía cambios en un documento. Cuando escribía o escuchaba, su concentración era impresionante. Esta me permitió observar, sin faltarle el respeto, todas sus características familiares, sus patillas grises y peculiar bigote. Tenía marcadas en las mejillas líneas verticales idénticas, una tradición del clan *mpondo*, que se hacía en la piel en la infancia y se decía conferían fuerza a la persona. Tambo era ascético; su estilo de vida era frugal y la camisa típica que llevaba era su única concesión al rebuscamiento.

Levantó la vista y me saludó con calidez, casi paternalmente. Nos dimos la mano e intercambiamos cumplidos. Pensé que me había llamado para preguntarme cómo marchaba un documento que estaba preparando para él. Comencé a actualizarlo.

—No, no se trata de eso –dijo en su voz calma. Sus ojos se movían nerviosamente, un manierismo muy particular cuando tenía algo apremiante en mente y buscaba las palabras. Después de una larga pausa, movió el dedo por la habitación, dando a entender que pudieran estar oyéndonos, como siempre hacía si la conversación iba a ser delicada.

En una hoja de papel escribió: «Operación Vula» y me miró. Luego: «Grupo de dirección clandestina en CASA». Subrayó CASA varias veces. *Vula* significa «abierto» en zulú y es una abreviatura de *vulindlela* o «abrir el camino», que era el nombre completo del proyecto.

Dando golpecitos en el papel, continuó en voz alta: «Hay un grupo en el lugar, trabajando bien. Los mensajes que recibimos de...» y escribió Mandela (que seguía en la cárcel) «nos llegan por sus líneas de comunicación». Levantó la vista: «Te están reclamando».

Había esperado ese momento. Llevábamos años trabajando para fortalecer nuestras estructuras clandestinas e iniciar la lucha armada contra un adversario eficiente y poderoso. Muchas veces comentamos que carecíamos de altos dirigentes dentro del país, capaces de adoptar decisiones en el lugar y de vincularse con el incipiente movimiento de masas. Aunque surgía la posibilidad de negociar con el gobierno de

Pretoria, las expectativas de avance solían ser inciertas y el ANC seguía prohibido. Con el aumento de la protesta popular, la mayoría de los nuestros afirmaba que una dirección clandestina era más necesaria que en cualquier otro momento anterior.

Tambo deseaba darme tiempo para pensar, pero insistí en que estaba listo. Sin embargo, tuve que aceptar que debía liquidar mis proyectos en curso. A Tambo le encantó mi respuesta y me abrazó con calidez. Fue un momento inolvidable.

No mucho después sufrió un derrame cerebral grave tras una gira agotadora por varios Estados africanos. Había estado informando a los gobiernos sobre las posibles negociaciones y las condiciones previas que el régimen de Pretoria debía satisfacer.

Yo había volado de Heathrow al continente europeo, me había reunido con amigos en un lugar seguro y, con asistencia de ellos, me había sometido a un cambio de apariencia. De refugiado sudafricano con un documento de apátrida de las Naciones Unidas emitido por la Oficina de Exteriores de Gran Bretaña pasaba a ser un respetable hombre de negocios con pasaporte de un país de la Comunidad Europea.

Hasta hoy, quienes me ayudaron prefieren permanecer en el anonimato. Desde las sombras me observaron abrirme paso por el control de pasaportes.

Al fin el avión despegó. Era un vuelo directo. Debíamos aterrizar en el aeropuerto Jan Smuts de Johannesburgo temprano la mañana siguiente. Me recosté en el asiento, reconfortado por el sonido del avión y la cháchara de los pasajeros. Logré un descanso nocturno razonable y guardé dos botellitas de whisky, cortesía de una solícita azafata, para consumirlas la mañana siguiente. No pretendo tener nervios de acero y hacía mucho había descubierto que, sin exagerar, cien gramos de alcohol me caían bien en circunstancias especiales. Mi inminente llegada al aeropuerto Jan Smuts era sin duda una de esas.

«*Sto gramme vodka*» (cien gramos de vodka) era la receta que seguían los rusos media hora antes de la batalla. Algunos decían que ese era el secreto de su victoria sobre Hitler. Mis amigos rusos siempre eran muy precisos con la receta: tenían que ser cien gramos tomados exactamente media hora antes.

Johannesburgo y los vertederos de las minas de Witwatersrand –la zona minera al este y oeste de Johannesburgo– parecían irreales al alzarse del paisaje plano del alto veld cuando descendimos del cielo claro. El problema fue que me había equivocado al calcular la hora de

llegada. En lugar de ingerirlo de la forma indicada, estrictamente media hora antes de llegar, tuve que tomarme el whisky de un trago en el último momento.

Al desembarcar me sentía tenso y eufórico al mismo tiempo, como si estuviese a punto de aparecer en escena ante el público. No dejaba de pensar en cuáles serían mis primeras palabras al funcionario de pasaportes. Recordé que debía moverme con lentitud, como me había instruido Eleanor y, con bastante alivio, vi que me estampaban el pasaporte sin hacer preguntas.

—*Welkom in Seth Efrika* —dijo la funcionaria, sonriendo con dulzura bajo su elaborado peinado.

Tomé mi equipaje, lo coloqué en un carro y atravesé la aduana. Me detuvo un funcionario de aduanas. Era tan joven que pensé que este debía de ser su primer día de trabajo. Señaló hacia mi portafolios y me preguntó qué contenía.

—Solo papeles y revistas.

Examinó con cuidado el contenido, una mezcla de publicaciones comerciales y turísticas. Lo que más me preocupaba era si esta era una comprobación de rutina o si a ella seguiría un registro riguroso. Razonaba que si solo estaban comprobándome, sin duda no utilizarían a un chico tan poco experimentado. Fue en ese momento, con el pecho apretado mientras intentaba fingir indiferencia, que deseé haber saltado la valla de la frontera. Al fin, satisfecho de que no estaba entrando material prohibido —supuse que probablemente esperaba encontrar algún número de *Playboy*—, me permitió seguir.

Pronto estuve en un taxi, radiante de excitación, pero mirando por la ventanilla trasera en busca de cualquier indicio de que me estuvieran siguiendo. Al entrar en la ciudad desde el aeropuerto por el concurrido sistema de autopistas, el horizonte se adecuaba a mi optimista estado de ánimo. A lo lejos se veía la falange de torres de cristal y hormigón del centro de Johannesburgo, enmarcado por crestas rocosas, *koppies* (lomas) y vertederos de minas, que parecían dunas de arena a la luz del sol. Con sensación de triunfo, reconocí el *koppie* de Yeoville, donde jugaba de niño. La velocidad del tráfico, los automóviles deportivos, los intercambios vertiginosos, los gigantescos cables eléctricos y edificios impresionantes que pasaban como un bólido eran índice del desarrollo que se había producido.

En mi hotel de las afueras encontré un teléfono público. Llamé a un número en Londres e informé de mi llegada segura a un contesta-

dor automático. De Londres se llamaría a mis contactos clandestinos en Johannesburgo. Esto daría origen a una cita para el día siguiente. Mientras tanto, tenía que estar lo más seguro posible de que no me seguían. Y la mejor forma de hacerlo era emprender una larga caminata. Mataría dos pájaros de un tiro e iría a Yeoville, donde jugaba de niño, una zona que deseaba volver a ver.

Después de un descanso y de vestirme con ropa más informal, tomé un taxi. Lejos del sistema de autopistas, muchas de las partes menos modernas de Johannesburgo apenas habían cambiado. La superestructura de la estrecha calle principal de Yeoville, Rockey, era casi la misma. Las líneas de tranvía habían desaparecido, pero no las piscinas municipales. El terreno deportivo cercano se había convertido en un parque; parte del muro que lo rodeaba seguía en pie. Ese muro había llevado escrita durante años una consigna: «Un ataque al comunismo es un ataque a ti mismo».

Descendí en el parque y pagué el taxi. El arte de la contravigilancia es no mirar nunca por encima del hombro. Tiene uno que buscar situaciones que le permitan echar una mirada natural, como detener a alguien y preguntar: «¿Pudiera decirme cómo llegar a la calle Rockey?».

Pude ver bien el taxi que se alejaba cuando nos volvimos para mirarnos. El joven al que había detenido respondió de buena gana: «Por ahí mismo, señor. Es la calle llena de comercios pequeños. Por ahí, eh». Era el acento en un tiempo familiar, un inculto gemido nasal, música para mis oídos. Pudo haber sido cualquiera de mis amigos de la infancia. Pude haber sido yo.

Me acomodé en un banco para acostumbrarme a las personas del parque. Debía prestar especial atención a los que llegaran después de mí. Me encontré reviviendo los partidos de fútbol de los tiempos en que yo era delantero centro del equipo Yeoville Boys. También estaban las carreras en la pista que entonces formaba el perímetro de este mismo lugar. En aquellos tiempos, los únicos negros que se veían en Yeoville, o en cualquier otro barrio blanco, eran los trabajadores domésticos. Ahora había bastantes negros, algunos con niños, disfrutando del sol, sentados en bancos que, en un pasado no muy distante, habían estado reservados para blancos.

Una señora desaliñada cargada de bolsas de la compra, necesitada de descanso, se sentó a mi lado suspirando pesadamente y se quejó de la forma en que un blanco se quejaría a otro: «Cómo me duelen los

pies. Menos mal, porque no siempre puede una encontrar asiento en estos días con tantos *swartzes* (negros) como hay por aquí».

Cometí el error de mirarla a los ojos, lo que le dio ánimos: «¿Y las colas en el supermercado? Tantos *swartzes*. ¿Y la cajera? ¡Qué *shiksa* (negra) tan fresca! Lo que tuve que oírle por el cambio. ¿Quién les enseñó a ser tan protestones?».

Su aparición en escena no dejó de ser oportuna. Si me estaban vigilando, podría descubrir a quien me estuviera siguiendo. Pero nadie pasó caminando despacio intentando escuchar. Después de soportar sus quejas un rato más, me marché, pero no pude resistirme a darle un poco de la filosofía de andar por casa de mi padre: «Bueno, señora, al fin y al cabo, ¿qué puede hacerse? Estamos juntos en el planeta, así que viva y deje vivir».

A la vuelta de la esquina, la *shul* (sinagoga en *yiddish*) ortodoxa en la que se celebró mi *barmitzvah* (celebración en la que el niño judío asume sus obligaciones religiosas al cumplir trece años), en un tiempo un centro incomparable de la vida judía, parecía desierta. Me alejé de la zona comercial hacia las calles más tranquilas de las afueras, donde sería más fácil descubrir cualquier automóvil o peatón que me siguiera. Observé que habían proliferado muchos establecimientos que ofrecían servicios a sectas ultraortodoxas.

La mayoría eran casas corrientes convertidas en comercios. Entré en uno de ellos. Un joven con chaqueta oscura y sombrero, barba y largas patillas –*payas* en *yiddish*– estaba sentado delante de un escritorio. Fingí estar buscando al anterior dueño de la casa. Después de una agradable conversación en la que me preguntó si era *baal te shuvah* –judío arrepentido que deseaba regresar al redil– e intentó convertirme hablando de «la necesidad de estar seguro de la propia identidad en estos tiempos turbulentos», le dije *shalom* y me marché.

La calle estaba tranquila. Mi visita a la casa hubiera atraído a cualquiera que me estuviera vigilando. Pudo haber habido alguien merodeando al otro lado de la calle o acechando en la esquina. Andaba sobre todo a la caza de jóvenes de cualquier raza, en buenas condiciones físicas y ropa informal. Hombres, o tal vez mujeres jóvenes, que evitaran mirar a los ojos y fingieran estar enfrascados en alguna actividad inofensiva, como haciéndole pequeños ajustes a un coche o mirando las vidrieras.

Regresé a la calle Rockey. Los espejos y cristales de los comercios me evitarían mirar por encima del hombro.

La barriada, en un tiempo poco elegante, se había hecho cosmopolita, con una modernidad raída. Los comercios remilgados que atendían a la clientela de clase media-baja casi habían desaparecido sustituidos por una diversidad de desaliñados comercios de artesanía, cubiles de música, cafeterías, clubes y lugares de venta de comida. Parejas de blancos y negros, vestidas estilo hippy, caminaban tranquilamente, como si el apartheid no hubiera existido nunca. Puede que Yeoville pareciera sórdido, pero marchaba a la cabeza del desplome de las barreras raciales.

En la esquina de las calles Rockey y Raymond, a un paso del lugar en el que me crié, había una pandilla abigarrada que parecía estar traficando con droga. Cerca, niños de la calle inhalaban pegamento. Justo el tipo de lugar que invita a la vigilancia policial.

En la calle Raymond estaba Albyn Court, el edificio donde había vivido los 16 primeros años de mi vida. Me inundaron los recuerdos de todos los que habían vivido allí. Vi a mi madre y a mi padre en nuestro apartamento de la primera planta. Como todos los demás adultos del edificio, eran descendientes de inmigrantes judíos que habían llegado a Sudáfrica a principios de siglo. Mis abuelos habían venido de Lituania y Letonia huyendo de los pogromos zaristas. El apellido que llevábamos, creo, se derivaba de un asentamiento judío en Lituania llamado Kasrilevka. Mi abuelo paterno, Nathan, fue uno de los primeros cateadores de los campos de diamantes de Kimberley y había traído a su esposa, Sarah Sachs, en 1900, poco después del nacimiento de mi padre. Mi abuelo puso una joyería y después fue el primer propietario de Albyn Court. Para cuando murió en 1938 –el año de mi nacimiento– había perdido su dinero en la bolsa. Los recuerdos de la familia han revelado que Nathan Kasrils era un antiimperialista confeso que odiaba a Churchill y a Cecil John Rhodes. Se dice que sirvió del lado de los bóers como tirador de primera y posiblemente espiara para ellos.

Mi padre, que se llamaba Isadore –abreviado como Issy– era un hombre reservado, de constitución esbelta. Como la mayoría de los hombres del edificio, trabajaba como viajante de comercio de una fábrica. Vestía de cuello y corbata y siempre llevaba sombrero de ala ancha, al estilo convencional de la época. Tenía un Plymouth de 1947 y a veces lo acompañaba «en el camino» durante las vacaciones escolares. Vi lo duro que trabajaba, recorriendo polvorientas carreteras de distritos segregados para visitar a los tenderos, casi todos indios o chinos, que eran los principales clientes. Entonces vi las covachas atestadas y las

miserables condiciones en las que vivían los negros. Mi padre tenía buenas relaciones con sus clientes y los corteses saludos que intercambiaba con ellos me llenaban de orgullo. Igual que la mayoría de sus amigos, fumaba un cigarrillo tras otro y su incesante tos al volante del coche me alarmaba. Murió en 1963, poco después de dejar yo el país.

Años más tarde, en el exilio, conocí al secretario del Sindicato de Viajantes de Comercio, Eli Weinberg. Había conocido a mi padre y lo consideraba un «socialista». Esto me sorprendió, porque mi padre no parecía interesado en la política. Eli explicó que la mayoría de los miembros del sindicato eran judíos muy individualistas de temperamento anarquista y difíciles de manejar. «Tu padre tenía los pies en el suelo y comprendía el curso que debía seguirse en las disputas con los empleadores», me dijo.

Mis abuelos maternos, Abraham y Clara Cohen, vivían en una casa adosada a la vuelta de la esquina de Albyn Court. En la infancia de mi madre, habían tenido una tienda de comestibles.

Mi madre, Rene, era una morena vivaz de sonrisa deslumbrante y buena figura. A diferencia de mi padre, era sociable y extrovertida. Era secretaria cuando mi padre la conoció. Después del nacimiento de mi hermana Hilary, estuvo trabajando a tiempo parcial en varios negocios para cubrir gastos. A la muerte de mi abuela Clara, el abuelo Abe vino a vivir con nosotros. También comenzó a trabajar de viajante de comercio y, como ya no estaba su esposa, que había servido de fuerza de contención, se convirtió en el jugador más popular de Yeoville.

Aunque fui un joven enérgico y algo revoltoso, absorbo en los deportes y los juegos del barrio, la actitud de los blancos hacia los negros no me pasó inadvertida. Eran tiempos de guerra e interrogaba constantemente a mi madre sobre la suerte de los judíos en Europa. En muchos sentidos, mi madre era una mujer sencilla, incluso ingenua. Pero cuando tracé paralelos entre los judíos en Europa bajo los nazis y la forma en que se trataba a los negros en nuestro país, encontré que estuvo de acuerdo. Esta respuesta honrada a preguntas de un niño de seis años dejó su huella.

Casi toda mi generación de yeovillitas se había hecho profesional o comerciante y hacía mucho se había mudado a los barrios prósperos del norte. Unos pocos, como Ali Bacher, el jugador de criquet del Springbok, habían llegado a ser deportistas famosos. Un gran porcentaje, temeroso del futuro del país, se había unido a la fuga de cerebros y había

emigrado. Me preguntaba si alguno de los que quedaban estaría dispuesto a ayudarme si tocaba a su puerta.

Me había sumido hasta tal punto en el pasado que solo desperté de mis recuerdos cuando observé que uno de los residentes actuales de Albyn Court me miraba desde una ventana de la segunda planta. Casi se me había olvidado el otro propósito de mi paseo.

Parte 1  
El comienzo  
(1938-1963)

LA MATANZA DE SHARPEVILLE  
21 de marzo de 1960 - Johannesburgo

MI ENSEÑANZA PRIMARIA EN Yeoville fue agradable. Mi habilidad deportiva me valió un lugar en la Escuela Superior King Edward VII –KES– en 1951. Aunque seguía siendo solo para blancos, era un mundo muy distinto a aquel en que me había criado. La escuela de varones era un típico establecimiento de hormigón y asfalto para niños con pocos ingresos, aunque aspiraba a las normas de un colegio privado inglés.

Aunque me iba bien en el terreno deportivo, sobre todo en atletismo, choqué con maestros y prefectos. No se trataba de una rebelión consciente, pero no podía contener mi desprecio hacia la actitud altanera de quienes se encontraban en posiciones de autoridad.

Mi profesor favorito era «Boetie» Van der Riet, que nos enseñaba afrikaans y nos entrenaba al rugby. Era directo, franco y asequible, de modo que no nos importaba cuando nos pegaba con la palmeta.

La mayoría de los maestros usaba la palmeta para imponer la disciplina, pero el director de la escuela era el Sumo Verdugo. Los reincidentes como yo estábamos bien al tanto del procedimiento. Te ordenaba inclinarte sobre una silla de su oficina al tiempo que elegía una palmeta de su armario. Se le oía agitarla en el aire, probando su flexibilidad y poniéndose a tono. Cuando terminaba, te ordenaba de manera cortante que «salieras». Era cuestión de honor que no se viera que uno estaba *bang* (intimidado). No se debía emitir un sonido o dar muestras de dolor.

Si mantenías la cabeza alta, cuando regresabas, los compañeros de clase te miraban sobrecogidos. La palmeta provocaba moretones que

duraban semanas. Descubrí a edad temprana que el castigo corporal era una forma negativa de enfrentar un problema. De hecho, aprendí que aceptando el castigo con estoicismo se ganaba la batalla. En lugar de humillado, uno era admirado. Esto creó un círculo vicioso entre la autoridad escolar y yo, puesto que procuré tercamente demostrar que no me someterían.

Fue Teddy Gordon, profesor de Historia de los años superiores, quien despertó mi interés en los estudios. Era considerado el liberal de la escuela. Nos habló sobre la Revolución Francesa y brindó imágenes gráficas del sufrimiento de los campesinos y la crueldad de los aristócratas. Para mí, los paralelos con la Sudáfrica del apartheid eran evidentes. Haciendo un gesto hacia la ventana, nos pedía que pensáramos en el efecto que las consignas de la revolución tendrían sobre los residentes adinerados del cercano barrio de Houghton en comparación con su efecto en los distritos negros. Puede que fuera la primera vez en la escuela superior que prestara atención a cada palabra.

Unas vacaciones, me invitaron junto con unos pocos amigos a visitar la granja de uno de nuestros compañeros de clase. Su padre era un adinerado propietario de varias fincas en una zona en la que más tarde se supo que los agricultores sometían a los trabajadores, que les suministraba la policía a condiciones similares al esclavismo. En realidad nada nos pareció raro. Fueron unos días despreocupados, aunque discutíamos de política hasta tarde. Cuando logré que mis amigos aceptaran que se maltrataba a los negros, respondieron que era imposible derrocar el dominio blanco. Afirmé apasionado, aunque románticamente, que al igual que los campesinos franceses se habían alzado con horcas y guadañas, los sudafricanos negros lo harían.

Sorprendí a los maestros, y me sorprendí yo mismo, al pasar con notas razonables a la universidad.

Por otro lado, mi padre se afanaba en ganarse la vida y mi madre se preocupaba por el matrimonio de mi hermana y los hijos que estaba criando. Esperaban que me asentara y encontrara trabajo porque no podían permitirse enviarme a la universidad. Trabajé primero como aprendiz de abogado para un bufete y asistía a la escuela de Derecho por las noches. Pensé que la profesión jurídica me orientaría hacia la suerte de la sociedad negra, pero los estudios me parecieron aburridos.

Casi todo lo que aprendí se lo debo al mensajero y «chico del té» del bufete, July Marishane, quien me enseñó los procesos burocráticos en los tribunales de primera instancia: cómo registrar citaciones y man-

datos de embargo. Un día lo arrestaron a una manzana de la oficina porque se le había olvidado el «pase». El policía se negó a dejarle buscar el documento de identidad, que se encontraba en el cajón de su escritorio. Por suerte, logramos que lo liberaran. De no haber sido así, pudiera haber desaparecido en los campos cercanos.

Encontré en July un humanismo que vi después en gran parte de los negros y pensé que era producto de la lucha cotidiana por la supervivencia. Un día me dijo que yo era distinto a los demás blancos y le pregunté de qué forma.

—Casi siempre nos muestran rostros helados, fríos, glaciales. Hacen como si no existiéramos.

A veces escuchábamos cantos y consignas en las calles y, cuando mirábamos desde la ventana de la oficina, veíamos a manifestantes de los distritos segregados camino al ayuntamiento. Fue entonces cuando me di cuenta del creciente atractivo de la protesta negra. July dejaba lo que estuviera haciendo, se ponía la camisa y se les unía.

Muchas veces había violencia racista en el centro de la ciudad, que se hacía sobre todo evidente cuando se producían redadas. Policías de paisano se emboscaban en los callejones de la ciudad y se abalanzaban sobre los hombres negros exigiéndoles que mostraran sus pases. Si, como le ocurrió a July, no lo hacían, los montaban con violencia en una camioneta. Si había protestas, las porras salían a relucir y los negros se dispersaban en todas direcciones por las calles. Había visto a niños callejeros descalzos, pidiendo limosna frente a los cines en noches frías de invierno, ser dispersados con *sambocks* (látigos de piel de toro) entre las risas de los policías. Los blancos que se encontraban en las colas desviaban la mirada. Incluso en encuentros deportivos internacionales, adonde se llevaba a los espectadores negros al rincón más oscuro del terreno, la policía cargaba contra ellos por la profusión del apoyo que brindaban al equipo visitante. Entonces, los espectadores blancos se les unían y les lanzaban botellas vacías de cerveza. En una ocasión, cuando todavía estaba en Yeoville, había observado con impotencia cómo un grupo de matones blancos golpeaba a un negro en el centro de la ciudad hasta dejarlo inconsciente, mientras los demás blancos pasaban a su lado con premura. Y esto no era nada en comparación con las historias que a veces aparecían en los diarios más liberales, donde se hablaba de muertes en las celdas policiales y en las granjas. Casi nunca se informaba sobre la brutalidad policial en los distritos segregados y, para la mayoría de los blancos, podía estar produciéndose en otro planeta.

Pronto tuve mi confrontación personal con la justicia. Junto a horadas de adolescentes blancos, me detuvieron después de la exhibición de *Rock Around the Clock* de Bill Haley. Atrapados por la histeria del nuevo ritmo musical, caímos en un cordón policial a la salida de un cine de la ciudad. Me atacaron por estar en las inmediaciones, pues me identificaron fácilmente como fanático del rock por mis zapatos azules de gamuza y corte de cabellos. Después de pasar el fin de semana en la cárcel, me liberaron con un ojo morado y la nariz dañada. Cuando amenacé con demandar por agresión al oficial responsable de la detención, retiraron los cargos en mi contra.

Sentía desilusión con mi empleo, pues me desagradaba emitir citaciones por deudas incobrables a personas que difícilmente podían permitirse los productos que compraban a plazos. Renunciar a mi condición de aprendiz de abogado significaba abandonar la escuela de Derecho. Después de dos años lo hice. Sentía atracción por actividades menos convencionales que se adecuaban mejor a mis incipientes aspiraciones creativas y a una búsqueda de identificación al otro lado de la línea de color.

Una amistad con un estudiante de arte me había llevado a un círculo bohemio que se reunía en un café de Hillbrow, una zona cosmopolita de prosperidad creciente. Por el día era ayudante de un abogado y por la noche y los fines de semana escuchaba acaloradas discusiones sobre arte, poesía, literatura y música, mientras bebía vino entre nubes del humo de *dagga* (marihuana) de otras personas.

Había probado la hierba, pero prefería mantener la cabeza despejada. Comencé a escribir poesía y prosa y pronto conocí a algunos de los creadores de los distritos segregados. Los escritores negros estaban dando de qué hablar en la revista *Drum* y el talento artístico estallaba en escena, sobre todo en el musical *King Kong*. Eran los días de las movidas y famosas fiestas multirraciales llamadas *jolls*. Si la policía allanaba los locales, todos los negros presentes tomaban gaseosas, porque estaba prohibido servirles alcohol. Había relaciones amorosas mixtas, que solían terminar con el arresto de la infortunada pareja en virtud de la Ley de Inmoralidad que prohibía las relaciones sexuales interraciales.

Tuve una breve relación con una cantante que se hacía pasar por empleada doméstica para podernos reunir en secreto en el apartamento de un amigo. Tuvimos momentos de ternura que vencieron las tensiones de la ilegalidad, hasta que dejó el país para seguir una exitosa carrera en el extranjero.

A finales de 1958, sin trabajo por el que preocuparme y con un dinerito en el bolsillo, dejé Johannesburgo por Ciudad del Cabo. Hay momentos en la vida en que los intereses románticos cobran prioridad y este fue uno de ellos. Perseguía a uno de los miembros del círculo de Hillbrow, una chica que había huido tras la ruptura de su relación con un talentoso pintor. Se llamaba Patsy y había vivido con él desde los 15 años. Era pequeña e imprevisible y nueve años mayor que yo. La seguí hasta un club nocturno en los muelles de Ciudad del Cabo y pronto me enseñaría el último paso de baile de Inglaterra.

Se alojaba en una casa de huéspedes venida a menos en la bahía de Bantry, años antes de que los promotores inmobiliarios se pusieran a trabajar y convirtieran la zona en dominio exclusivo de millonarios.

Patsy se había hecho amiga de otro residente del lugar, un estadounidense larguirucho llamado Larry Salomons, que llevaba zapatillas sucias y pantalones de mezclilla. Nada le agradaba más a Larry que fumarse un porro y permitir que el vasto paisaje lo abrumara. Decía lleno de entusiasmo: «Es el lugar más acojonante del mundo». Sudáfrica le encantaba por sus tres P: Porros, Política y Pueblo.

Tenía cinco años más que yo y durante algún tiempo paso a ser mi mentor. Había nacido en Alemania y lo habían mandado a Nueva York con una tía poco antes de que sus padres cayeran en una redada. Nunca volvió a verlos. Estaba visitando Sudáfrica con una beca, investigando el desarrollo del movimiento obrero. Pronto me prestaría sus libros sobre Sudáfrica y me daría detalles sobre la cultura beatnik estadounidense. No era marxista, pero hacía comentarios muy cáusticos sobre la fobia anticomunista de Estados Unidos y el daño que había hecho al pensamiento racional. Las actitudes racistas de Sudáfrica nunca dejaban de sorprenderlo.

Patsy tenía amigos en el Distrito Seis, el palpitante ghetto de color situado en las laderas del pico Devil's junto al monte Table. Pasamos allí muchos fines de semana en compañía de Zoot y Ma'am –diminutivo cariñoso de Miriam–, una pareja que vivía en una vieja cabaña situada en una de las calles estrechas y pendientes.

Ma'am, oscura y sensual, era miembro del Congreso de Pueblos de Color, aliado del ANC. Una tarde, con la casa llena del humo acre de la marihuana, cundió el pánico cuando llegaron a la puerta unos colegas políticos. Entre ellos estaba Sonia Bunting, la primera comunista que vi en mi vida.

Larry había comprado un viejo vw y se marchaba para continuar su investigación en Johannesburgo. Como yo tenía posibilidad de encontrar empleo allí, persuadí a Patsy para que regresara con nosotros.

Comencé a trabajar como guionista de una empresa cinematográfica llamada Alpha Film Studios. Principalmente producíamos anuncios para el cine que requerían una habilidad precisa, concentrada. Disfrutaba trabajando y al año me dieron la oportunidad de dirigir algunos anuncios.

Aunque para mis padres y para mis amigos de la escuela llevaba una vida decididamente nada convencional, había logrado asentarme en un empleo y un estilo de vida que me agradaban. Pero, lo más importante, creía vivir fuera de los confines estrechos y prejuiciados de la Sudáfrica blanca. Sentía que, por haber dejado atrás la segregación racial, era libre.

Había conocido a Robert Resha y a Duma Nokwe, dos líderes del ANC, en una fiesta. Resha me había pedido que le diera una hora de mi tiempo a la semana al ANC, pero nunca había llegado a hacerlo. El 21 de marzo de 1960, Lee Marcus, una guionista que trabajaba a tiempo parcial, entró en el departamento pálida y demacrada.

—¿Has oído lo del tiroteo? —me preguntó con mirada de preocupación.

—No —respondí, intuyendo algo terrible.

—Acabo de oírlo en la radio del coche. La policía ha tiroteado a docenas de africanos en Sharpville...

Caminé sin rumbo fijo por los terrenos de Alpha en estado de ira. Sintonicé la BBC para obtener noticias más fiables. Los africanos habían realizado una manifestación contra las leyes de pases frente a la comisaría de policía de Sharpeville y habían cargado contra ellos sin ningún motivo. El recuento final había sido de 69 muertos y 179 heridos. Las víctimas eran hombres, mujeres y niños... todos desarmados. A muchos les habían disparado por la espalda cuando huían. Se produjo una protesta internacional.

Podíamos escuchar y ver aviones de observación del ejército en el cielo y esto se sumaba a mi furia. Los trabajadores negros estaban parados por allí, hablando muy serios. Me acerqué para expresarles mis condolencias. Respondieron: «Esta es Sudáfrica. *Amapoyisa yi'zinja* [los policías son perros]».

Los técnicos blancos del estudio, artesanos de habla inglesa y afrikaans, estaban también reunidos. Era como si todos comprendieran que la crisis nacional era inminente. Me sonreían con estupidez y se burlaban: «*Moe'nie* [No] te preocupes, socio. Estarás en las trincheras con todos nosotros. *On wit ous* [nosotros los blancos] nadamos o nos hundimos juntos».

## EL MOVIMIENTO

Abril de 1960 - julio de 1961 - Durban y Johannesburgo

EN LOS DÍAS QUE SIGUIERON A LA MATANZA DE SHARPEVILLE me sentía impaciente. Tenía intensas discusiones con la familia, los amigos y los colegas. Fuera de mi círculo inmediato, pocos blancos mostraban sensibilidad alguna y la opinión general era: «Debiéramos ametrillarlos a todos».

Los trabajadores negros de Alpha se mantenían más reservados que en otras ocasiones. Que me mostraran unos pasquines del ANC en los que se denunciaban los tiroteos y se instaba a protestas nacionales y quema de pases consoló algo mi sentimiento de frustración. Me hacía sentir parte de una causa destinada a reparar la injusticia, pero ver en la prensa fotografías del jefe Luthuli quemando su pase antes de ser arrestado junto a otros miles me hacía sentir la impotencia del espectador. El gobierno declaró el estado de emergencia y proscribió al ANC y al Congreso Panafricano (PAC).

¿Qué se podía hacer? Me consternó descubrir que desde mi círculo no llegaba respuesta alguna. Me maldije por no haber respondido a la solicitud de Robert Resha de dar al ANC parte de mi tiempo libre. No tenía forma de contactar con él y supuse que había sido arrestado.

Era Pascua Florida y decidí pedir vacaciones en el trabajo para ir a Durban, donde tenía un pariente que había sido un militante comunista. Necesitaba que alguien que supiera lo que había que hacer me guiara. Patsy quiso acompañarme y fuimos hasta la costa subtropical de Natal. Nos alojamos con una artista amiga llamada Wendy que vivía en Berea.

Wendy me dijo que uno de sus vecinos era «comunista como tú». No dejé pasar la oportunidad de que me lo presentaran, lo que se produjo la noche siguiente. Mientras tanto, los sucesos se aceleraban. Esa misma mañana miles de personas habían iniciado una marcha a la ciudad desde Cato Manor, una barriada pobre de crecimiento descontrolado situada detrás de Berea. Su propósito era llegar a la cárcel y exigir la liberación de sus líderes. Como un río, se dividieron en varios arroyos para evitar a la policía. Un grupo de manifestantes se vio bloqueado por una barricada erigida por la policía justo ante nuestra puerta.

Había personas de ambos sexos y de todas las edades, vestidas pobremente y desaliñadas, sin más armas que un lastimoso surtido de palos que llevaban algunos de los hombres. Bloqueando el camino había hileras de policías apuntándoles directamente con metralletas. Los manifestantes guardaban silencio y se mantenían tranquilos y dignos.

Los habitantes blancos del barrio residencial se guarecían dentro de las casas, atisbando nerviosamente detrás de ventanas con barrotes. Un par de blancos, con pistolas a la cintura, salió a la calle y ocupó posiciones detrás de las líneas policiales. Un joven negro con barba, enfundado en una harapienta chaqueta, hablaba con un comandante de policía mucho más alto que él. Los policías parecían despreocupados, pero era posible ver el movimiento nervioso del dedo con el que apretarían el gatillo. Le di vueltas a la idea de unirme a los pobladores de la barriada negra, pero antes de que me decidiera, la multitud se volvió y regresó pacíficamente a Cato Manor.

Luego supe que una pareja blanca, partidaria del ANC, había hecho lo que yo solo había pensado hacer. El grupo principal de manifestantes había logrado llegar a la cárcel, donde les habían ordenado dispersarse. La pareja, tomada de la mano, había avanzado ante los fusiles de la policía. Se decía que esto había ayudado a impedir una nueva matanza.

Otra de las vecinas de Wendy, una joven de llamativos ojos grises, estaba nerviosa porque su hija de cuatro años se encontraba en una guardería cercana. La calmé señalando que los manifestantes eran pacíficos. A ella también le había escandalizado la matanza de Sharpeville, pero, como madre joven, estaba inquieta. Wendy me la presentó como Eleanor. Cuando se fue, en una de esas ironías del destino, les dije a Wendy y a Patsy que era muy bonita. Wendy, que era lesbiana, se rió y me dijo que llevaba meses tras ella sin resultado. Era imposible haber sabido qué estrechamente se unirían mi vida y la de Eleanor.

Graham Meidlinger, un médico, era el otro vecino. Escuchó con paciencia mis opiniones y me preguntó si conocía a alguien del «Movimiento».

Al principio pensé que se refería a un grupo de baile, pero me explicó que «era un nombre colectivo que se daba al ANC y sus aliados».

Le di el nombre de la prima hermana de mi madre, Jacqueline Arenstein, a quien esperaba localizar. Había sido procesada junto a Lutuli, Mandela y otros en el Juicio de Traición de 1956 y mi madre le llevaba comida en las comparecencias ante el tribunal.

La noche siguiente, Graham vino a verme. «Tengo al esposo de Jackie, Rowley, en un coche en la esquina. La policía lo está buscando. ¿Puede quedarse aquí? Mi casa no es segura». Le pregunté a Wendy, que dijo que no había problemas, pero solo por esa noche.

Graham hizo pasar a una figura larguirucha, casi desgarbada, con el traje ajado. Era Rowley Arenstein, un abogado con barba, que me recordaba de una visita que yo había hecho a Durban con mi madre cuando tenía diez años. Estuvimos despiertos durante horas y me habló del Movimiento y de la crisis que se estaba produciendo. Recalcó que la mayoría negra tenía una fuerza que podía hacer visible por medio de la organización y la unidad. Me ofrecí a ayudar en cualquier forma posible. Como la policía no me conocía y se podía confiar en mí, me vi lanzado a fondo en la lucha clandestina. La semana siguiente me había convertido en su guardaespaldas y recaudista, para desagrado de Patsy, a quien descuidé por completo.

Después de la primera noche, le encontré alojamiento en casa de otro amigo. En el garaje había un viejo Ford que nos dejaban usar, pero la llave no aparecía. Sorprendí a Rowley arrancándolo con un taco de papel de plata. Serví de mensajero entre él y Graham y recogí para él una peluca de su esposa. Por la noche, llevaba a Rowley a casas de seguridad donde realizaba reuniones con otros que estaban huyendo igual que él. En uno de estos encuentros conocí a Monty Naicker y J. N. Singh, dirigentes del Congreso Indio de Natal.

Me enviaron a encontrarme con Jackie en una dirección en el barrio indio de la ciudad, pero me perdí. Estaba oscuro, había una multitud en la calle y no se veía un blanco. Se me había olvidado el nombre de la calle que buscaba y me sentía inseguro. Paré a alguien que me indicó a dónde debía ir cuando le di el nombre de la persona que intentaba encontrar.

Esta, una tal señora Ponnen, era conocida en el barrio, porque me guiaron hasta su puerta. Me preguntaba con nerviosismo si habría roto alguna regla de seguridad al preguntarle a un extraño dónde vivía ella. ¿Y si la persona a la que había preguntado iba a la policía a informar

de que un blanco desconocido estaba en el barrio indio buscándola? La idea me inquietaba.

Una joven india respondió cuando toqué a la puerta. De inmediato, una mujer blanca de cabellos canos y unos cincuenta años, con mirada aguda y expresión severa, se acercó a la puerta, me miró de arriba abajo y preguntó para qué deseaba ver a la señora Ponnen. Cuando le dije que había ido «a ver a Jackie», asintió y me permitió entrar, diciéndome que ella era la señora Ponnen.

Incluso de niño la apariencia de Jacqueline me llamaba la atención. Tenía largos cabellos negros, ojos penetrantes y cutis de color aceituna. Su madre y mi abuela eran hermanas y se parecía mucho a mi madre. A Jackie le agradó verme, aunque estaba tensa y fumaba mucho. Jackie se interesó en saber qué me había llevado a «participar en el Movimiento».

Vera Ponnen servía té y escuchaba atentamente. Al igual que Jackie, no dejaba de fumar. Descubrí que Vera era una *cockney* que había llegado a Sudáfrica con 18 años y se había casado con George Ponnen, un sindicalista.

Mientras Jackie tenía una personalidad reservada y elegía las palabras con cortesía, Vera hablaba con voz ronca y no le importaba decir palabrotas. Su estado de ánimo, entre ataques de tos, fluctuaba entre el humor y la ira. Me dijo de inmediato: «Soy comunista desde los 16 años. Luché contra Mosley y su escoria fascista en la calle Cable. Este país está gobernado por fascistas a quienes les hubiera encantado que Hitler ganara la guerra. Pero, te digo... –tuvo un ataque de tos–, te digo que a estos jodidos hijos de puta está vez se les ha ido la mano. El pueblo africano está en movimiento y no va a seguir soportándoles sus porquerías mucho tiempo».

Jackie me entregó una maleta con ropa para Rowley y me fui, mientras Vera tosía en el baño como si estuviera a punto de expirar.

Patsy y yo acompañamos a Rowley a Johannesburgo, donde debía contactar con la dirección del Movimiento en la clandestinidad. A la hora fijada se detuvo un coche, el chofer nos miró, asintió y montamos. El chofer echó unas miradas nerviosas a Rowley y comenzó a reír de modo incontrolable.

—Por Dios, Rowley –logró soltar–, pensé que había recogido a un par de vagabundos por error. Coño, viejo, jamás te hubiera reconocido.

Poco después supe que era Wolfie Kodesh, un veterano del Movimiento, que había pintado la consigna del Partido Comunista en el muro de Yeoville cuando yo era niño. Nos hicimos amigos para toda

la vida. Desde entonces Wolfie tomó mi tarea de ayudar a Rowley y yo volví a trabajar en Alpha Films.

Rowley me introdujo en el Movimiento en Johannesburgo y pasé a ser parte del comité de emergencia del Congreso de Demócratas (COD), una organización de blancos que apoyaban al ANC. Comenzamos a reunirnos clandestinamente. Todos los del grupo eran mucho mayores que yo, salvo Luli Calinicoss, una chica muy atractiva que luego pasaría a escribir sobre historia del movimiento obrero. Reconocí al dueño del comercio de alfombras que, junto con otra media docena de personas, componía una sección del grupo. Al principio no sabía sus verdaderas identidades; luego, cuando estuve más cerca de ellos, me sorprendió descubrir que ninguno era judío. Había tenido la impresión de que los únicos blancos a los que preocupaba la opresión racial de los negros eran los judíos.

La hora semanal que Robert Resha me había pedido que diera al Movimiento se había extendido hasta ocupar casi todo mi tiempo libre. El comité del Congreso de Demócratas redactaba e imprimía panfletos en secreto. Se me encomendó la tarea de distribuirlos en la zona de Hillbrow. Convencí a amigos y recorríamos las calles de noche, echando pasquines en buzones y bajo las puertas. En ellos se exigía la liberación de todos los detenidos, el levantamiento del estado de emergencia y la sustitución del apartheid por un sistema democrático. A veces lanzábamos hojas desde los tejados de los edificios. Salíamos en equipos, con brochas y pintura, y escribíamos consignas en las paredes. Debíamos tener cuidado porque el riesgo de detención era alto.

Durban me había parecido excitante y cuando uno de los clientes de Alpha requirió mis servicios para su departamento de cine y televisión, acepté el ofrecimiento al vuelo. Mi relación con Patsy había sido tensa e intermitente, en parte debido a los nueve años de diferencia entre nosotros, pero sobre todo porque a ella le era difícil olvidar su relación con el artista que la había dejado. Llevado por un impulso, le pedí matrimonio y cuando la familia y los antiguos amigos de la escuela intentaron intervenir y disuadirme –diciéndome, por ejemplo, que no era judía–, sencillamente me afirmé en mi resolución. La respuesta de Patsy fue tentativa y decidimos contemplar nuestro matrimonio como una prueba. Nos casamos en el juzgado de paz de Johannesburgo y después de un *joll* típico de Hillbrow, salimos hacia Durban.

Encontramos una casita en el mismo complejo en el que vivían Wendy y Graham Meidlinger. Eleanor se estaba divorciando y se había mudado a otra parte con su hijita.

La empresa que me había empleado era una agencia de un fabricante multinacional de jabón y detergente.

Con el levantamiento del estado de emergencia en septiembre de 1960 comencé a conocer a muchas personas que habían estado en la cárcel, escondidas o simplemente no dejándose ver. Aunque el ANC seguía prohibido, al igual que el Congreso Panafricano (PAC) y el Partido Comunista, los demás componentes del Movimiento –el Congreso de Demócratas (COD), el Congreso Indio y los sindicatos– reanudaron la actividad pública.

Me hice amigo de un afrikaner corpulento, Steve Nei, que administraba una farmacia situada en la calle que quedaba enfrente de la llamada sección negra de la Universidad de Natal. Un grupo de estudiantes del ANC situó su cuartel general en un cuarto trasero del local de Steve. Entre ellos se contaban futuros dirigentes del ANC como Johnny Makhathini, quien luego representaría a la organización ante las Naciones Unidas, y Kgalakhe Sello, el aprendiz de abogado de Rowley, quien llegó a ser primer ministro de Lesotho. También estaba Ernest Gallo, estudiante de Derecho, que vivía con Steve Nel y su familia.

Ernest era de Ciudad del Cabo. Sus padres habían hecho un gran esfuerzo para educarlo y ahora se encontraba estudiando a tiempo parcial. Al igual que los demás, era varios años mayor que yo. Nos hicimos muy amigos. Todos los viernes después del trabajo, iba con él a vender copias del diario alineado al Congreso, *New Age*, que era entregado en la farmacia de Steve. «*New Age! i'phepha lomzabalazo! (¡New Age! ¡El diario de la lucha!)*», gritábamos a los trabajadores que se apresuraban a los autobuses y trenes de los barrios segregados.

Vera Ponnen vivía al doblar la esquina de la farmacia de Steve. Al fin conocí a su esposo, George, que había estado detenido. Era un hombre fornido, de baja estatura, y había sido uno de los forjadores de la organización sindical entre los cortadores de caña indios.

Otra persona por la que Vera mostraba deferencia era Moses Kotane, viejo dirigente del Partido Comunista y el ANC que se alojaba en su casa cuando se encontraba en Durban. Lo conocí allí un día singularmente frío y los encontré a los dos bebiendo té en bata y con bufandas atadas a la cabeza. Me fue difícil ocultar lo mucho que me divertí ver a Kotane, quien era considerado el comunista más peligroso del país, con el aspecto de una *gogo* (abuela de los barrios negros).

El *New Age* tenía su oficina de Durban en la calle Grey, el animado centro comercial indio. Lo dirigía M. P. Naicker, quien era muy respetada

do. Bajo su tutela comencé a compilar informes para el diario. M. P., como le llamaban, era asistido por un joven, Ebrahim Ismail, de familia musulmana. Todos los hombres de los camaradas indios se abreviaban y a Ebrahim lo llamaban Ebe.

Justo frente al *New Age* estaba Lakhani Chambers, un edificio frío y húmedo venido a menos que era un laberinto de empresas de mala muerte. En una planta mal ventilada se encontraban las oficinas abarrotadas y hacinadas del Congreso Indio de Natal (NIC) y el Congreso de Sindicatos Sudafricanos (SACTU). El lugar parecía una terminal de trenes en que los obreros entraban y salían a todas horas. Billy Nair se destacaba como el funcionario más dinámico y despertaba un respeto enorme. Había momentos en los que tenía un mensaje urgente para él y, si estaba atendiendo a una hilera de obreros, me ordenaba que esperara. Después me explicaba que la oficina sindical era un lugar en el que los trabajadores debían saber que ellos eran lo primero. Le agradaba beber después del trabajo y yo a veces iba con él a un club indio para tomar una o dos rondas de aguardiente de caña, lo que bebían los trabajadores indios.

Volvieron a celebrarse reuniones públicas. La sede habitual, el Centro Social de Hombres Bantúes, se encontraba en el barrio. Dado que, con arreglo a la Ley de Represión del Comunismo, la mayoría de los miembros del Congreso de Demócratas, entre ellos Rowley, Vera y Jackie, no podía hacer uso de la palabra en las reuniones, se me encomendó la tarea a mí.

Stephen Dlamini, presidente del Congreso de Sindicatos Sudafricanos (SACTU), hizo mi presentación en la tribuna. Con un grupo de policías y de miembros del Cuerpo Especial en la parte trasera del salón, anunció que no iba a revelar mi nombre porque eso les facilitaría demasiado el trabajo. Un sindicalista llamado Jerry Khumalo se había prestado a servirme de intérprete, de modo que Stephen decidió bautizarme como «Khumalo».

Más tarde, cuando escribí poemas en el exilio, usé el nombre de A. N. C. Khumalo. Después del discurso, sin embargo, algunos de los líderes juveniles me dieron el nombre de «*Vuka 'yibambe*», «el que está dispuesto a saltar a la palestra».

Al ritmo que iba tenía poco tiempo para la vida de casado. Patsy no había querido participar en política y regresó a Johannesburgo, por mutuo acuerdo y sin amargura. Nuestro matrimonio había durado seis meses. Sentí haber fallado en mis obligaciones hacia ella, pero me con-

soló un poco que Vera y Jackie, quienes nos habían estado aconsejando, me dijeran que la relación nunca pareció funcionar. Al menos nos separamos amistosamente. Patsy se casó pronto y tuvo un hijo, pero nunca volví a verla.

A finales de mayo de 1961, el doctor Verwoerd, gran arquitecto del apartheid, declaró república a Sudáfrica. El ANC, dirigido por Nelson Mandela, quien había pasado a la clandestinidad para organizar la resistencia, llamó a una huelga de tres días en protesta. Estuvimos trabajando semanas antes a toda marcha para que el llamamiento lograra su propósito.

Fue en este período cuando renové mi relación con la antigua amiga de Wendy, Eleanor, que estaba trabajando en una librería en el centro. Había nacido en Escocia y venido a Durban de niña. Descubrimos que teníamos mucho en común y pronto estaba distribuyendo panfletos conmigo. Tenía varios amigos de mentalidad liberal que contribuyeron a engrosar las filas del minúsculo Congreso de Demócratas.

En vísperas de la huelga, cuando debimos haber participado en actividades de última hora, varios de nosotros nos reunimos en casa de Rowley para protegerlo. Había estado recibiendo amenazas de muerte y teníamos el soplo de que un grupo de asesinos estaba a punto de actuar.

Yo había hecho la primera guardia con Johnny Makhathini. A las 2 de la mañana nos sustituyeron y nos fuimos a dormir a una habitación de la planta alta. Apenas habíamos cerrado los ojos cuando escuchamos disparos en el jardín que provocaron nuestros gritos. Los nuestros estaban armados solo con garrotes. Al lanzarme afuera, vi dos autos que se alejaban con nuestros hombres detrás. Tomé un ladrillo y los perseguí, alentado al ver que los coches no arrancaban. En el momento en que el coche se ponía en marcha, le lancé el ladrillo por la ventanilla trasera. Casi al mismo tiempo caí bajo el fuego de un pasajero enmascarado. Sentí una sensación de escozor en la mejilla y, al llevarme la mano al rostro, vi que había sangre. Apreté la piel y saqué una esquirla de plomo: un fragmento de una bala de rebote.

Las ventanas de la casa de Rowley habían recibido los disparos. Por suerte, no hubo heridos. Me enteré que seis de los atacantes, con los rostros cubiertos por medias, se habían acercado a las puertas delantera y trasera de la casa. El séptimo, que merodeaba por el patio, se había topado cara a cara con Ernest Gallo, quien había dado la voz de alarma. La policía, que llegó a los pocos minutos, pero no logró detener a los ata-

cantes, difundió la historia de que se había producido un altercado interno. Cuando los diarios matutinos publicaron la noticia del ataque haciendo referencia a un «guardespaldas alcanzado por una bala», llamé a mis padres para asegurarles que había resultado ileso.

16 de diciembre de 1961 - Durban

LA HUELGA DE TRES DÍAS SOLO TUVO RESULTADOS PARCIALES. El gobierno movilizó al ejército y, a punta de bayoneta, obligó a las personas a ir a trabajar. El día de instauración de la nueva «República», 31 de mayo, transcurrió bajo una nube oscura. La Sudáfrica blanca, y el gobierno de Verwoerd, estaban sitiados internamente y aislados internacionalmente. La violencia que empleaba el Estado daba lecciones importantes al movimiento de liberación. Los activistas de todo el país se preguntaban si era posible llevar a cabo la lucha por la libertad solo con métodos no violentos.

De hecho, después del ataque a Rowley, le hablé a Ernest de la necesidad de armarnos. Como blanco, podía obtener licencia para un arma de fuego. Mi salario me permitía comprarla y pronto puse a Ernest y a los demás al tanto del uso de mi nueva pistola *Browning* de 9 mm.

Mi foto en la primera plana del *Natal Mercury* y el relato gráfico del ataque a la casa de Rowley alertaron a mis jefes sobre mis actividades políticas. El director creativo se mostró solícito: «Sabes, en Inglaterra se dice que si no eres comunista a los 21 años no tienes corazón, pero que si sigues siéndolo a los 31, no tienes cerebro».

El director gerente de la agencia tampoco se mostró hostil, aunque su preocupación era evidente. Desde su oficina, donde estábamos hablando del tema, miraba por encima del puerto hacia la planta matriz de la empresa. Me recordó el prometedor futuro que tenía con ellos y, aclarándose la voz avergonzado, me dijo que, en nombre de la junta de dirección, debía preguntarme si yo era comunista. Pude responder de

inmediato, y con honradez, que no era miembro del Partido. «Lo que me interesa es que en este país haya democracia. Al hablar de democracia, me refiero a un gobierno por el pueblo, para el pueblo y del pueblo. El presidente Kennedy es noticia estos días. Subraya que la respuesta a los problemas actuales del mundo se encuentra en un sistema democrático. Por favor, dígame a la junta de dirección que quisiera ver la receta del presidente Kennedy aplicada a este país».

Poco después me uní al Partido Comunista, que estaba proscrito. Fue Vera Ponnen quien se me acercó y me dijo que le habían pedido oficialmente que me preguntara si me interesaba ser miembro. Habló del compromiso y la disciplina que entrañaría y de los peligros. Recalcó que ser miembro del Partido significaba servir a la clase obrera. Respondí afirmativamente de inmediato, era un honor.

El Partido, como organización proscrita, poseía un halo de misterio que me atraía. Era evidente que la mayoría de las personas más activas y respetadas del Movimiento se identificaban con él y probablemente eran miembros. El gobierno y los ricos claramente lo odiaban, al tiempo que disfrutaba de gran popularidad entre los negros privados de derecho al voto. Cada vez que se hacía referencia al Partido, fuera en reuniones de masas o en conversaciones personales con los obreros, la respuesta era positiva. Siempre que se mencionaba a la Unión Soviética, había un rugido de aprobación.

La repugnancia emocional hacia el racismo me había atraído al Movimiento. Mi compromiso se amplió a la eliminación del apartheid, pero pronto me vi llevado a debates sobre lo que ocurriría cuando se eliminara la discriminación racial. El país había sufrido desigualdades e injusticias flagrantes antes de que el gobierno de apartheid asumiera el poder en 1948. Un capitalismo ciego al color, si existía una criatura tal, perpetuaría la división social y la desigualdad. Yo había comenzado a leer literatura marxista y, con la asistencia de Rowley y de Ernest Gallo, entre otros, comencé a desarrollar algo similar a una crítica marxista. Una vez en el Partido, me encontré en una célula clandestina con Rowley, Vera, Sello y varios obreros negros. Hablábamos de teoría marxista y distribuíamos pasquines del Partido en secreto. No nos confabulábamos para controlar el ANC o el Movimiento. Lo que se recalcaba era la necesidad de que los comunistas fueran el ejemplo. Como objetivo inmediato, la estrategia del Partido era alcanzar, en alianza con el ANC, un Estado democrático por medio de una lucha de liberación nacional, lo que abriría las posibilidades de avance a una etapa socialista.

Al igual que todos los demás, me hice vulnerable a la posición preeminente de Moscú. Había razones históricas para ello, que databan de la revolución socialista de 1917, la que inspiró la formación de los partidos comunistas en todo el mundo. Se sumaban a este prestigio la derrota de Hitler; en la que la Unión Soviética desempeñó un papel clave, y los notables logros socioeconómicos que habían transformado un imperio zarista atrasado.

Nuestro Partido nunca desarrolló una crítica a la Unión Soviética. Por lo general, nos bastaban el papel histórico y los hechos básicos de los logros de la Unión Soviética en sus primeras etapas. El aislamiento de Sudáfrica del pensamiento político y cultural en el extranjero seguramente desempeñó también un papel importante. El desarrollo ideológico de nuestro Partido fijaba 1917 y luego 1945. Esto se vio reforzado por la naturaleza de nuestra dirección. La dirección blanca de principios de los años veinte tenía raíces en el bolchevismo temprano. Los líderes negros que emergieron en los años treinta, como Moses Kotane, J. B. Marks y Yusuf Dadoo, se vieron afectados del mismo modo. Ni siquiera la exposición que hizo Jrushov en 1956 de los crímenes de Stalin llegó a conmover la posición ideológica básica de la vieja guardia. La Unión Soviética había cometido errores y estos se rectificarían, lo que significaba que no se veían las contradicciones internas del modelo soviético, que con posterioridad condujeron a la catástrofe. En mi experiencia, solo Ruth First y Joe Slovo, los dirigentes más viejos, mostrarían indicios de actitud crítica en los años sesenta.

En julio de 1961, M. P. Naicker me llevó a caminar por la playa y me confió que el Movimiento estaba a punto de cambiar su estrategia. Las políticas represivas del gobierno habían convencido a la dirección de que la lucha no violenta no podía por sí sola traer el cambio. Se nos obligaba a responder a la violencia del régimen con la violencia revolucionaria.

—Me han pedido que me acerque a ti para sondearte —dijo por encima del rugido de las olas que golpeaban contra las rocas—. ¿Estás dispuesto a participar?

Me hice miembro del Comando Regional de Natal de Umkhonto weSizwe («Lanza de la Nación» en zulú y xhosa; MK para abreviar). El nombre tenía su origen en las guerras de resistencia al colonialismo británico y bóer. La lanza era el símbolo de la resistencia.

El comandante regional de Natal era Curnick Ndlovu, secretario del Sindicato de Trabajadores de Puertos y Ferrocarriles. Su barba, gafas

y actitud de agitación en la plataforma pública conjuraban la imagen de un revolucionario chino. Billy Nair era el segundo de Curnick y su presencia en el mando contribuía a mi confianza. Eric Mtshali, otro sindicalista, físicamente fuerte y apto, pareció muy adecuado para el trabajo que habría de hacerse. Buscábamos a otro miembro y, después de bastante debate, escogimos a Bruno Mtolo, joven promesa política y electricista.

Yo era el único que no era sindicalista. Cuando pregunté por qué ninguno de los principales miembros del ANC era parte del comando, supe que la dirección del ANC de Natal todavía debatía el cambio de política. La dirección nacional, sin embargo, nos había instruido proseguir y reclutar cuadros del ANC de los barrios segregados para los niveles de mando locales. Curnick y Eric eran miembros del ANC. En aquella etapa, en el ANC solo había africanos. Billy y yo pertenecíamos a los Congresos aliados, pero la participación en el MK estaba abierta a todos.

Al mes, Billy me informó de que estábamos a punto de recibir nuestro primer entrenamiento de uno de los camaradas más notables del Movimiento. Me dijo que nuestro visitante había luchado contra los alemanes en el norte de África y su apodo era «Rata del Desierto». Nos dirigimos a una pequeña granja cañera en las afueras de Durban, donde nos reunimos en una pequeña edificación exterior. Billy hizo pasar a un hombre con camisa de cuello abierto y chaqueta deportiva.

Aunque se le presentó con nombre falso, lo reconocí por una fotografía del Juicio de Traición. Era Jack Hodgson, uno de los líderes de la Legión Springbok, organización antifascista de antiguos militares que se había opuesto al Partido Nacional en los primeros años de postguerra. Su enfoque era práctico y nos enseñó todo, desde cómo usar un soldador hasta cómo moler productos químicos para convertirlos en polvo fino.

Colocó una mezcla química con azúcar en polvo en una cuchara y añadió con cuidado una gota de ácido con un gotero. El polvo estalló en una llama y nos impresionó tanto como a alumnos en una clase de ciencias. El problema, por supuesto, era cómo alcanzar el resultado sin aplicar directamente el ácido, puesto que se necesitaba un temporizador.

Con una enorme sonrisa sacó un condón y colocó una cucharadita de la mezcla química en él. Luego sacó una pequeña cápsula de gelatina, del tipo que suele contener polvo medicinal, y nos dijo que podía obtenerse en cualquier farmacia. Abrió la cápsula, añadió unas cuan-

tas gotas de ácido, volvió a cerrarla y la echó en el condón. Nos dijo que al ácido le costaba normalmente hasta 50 minutos desgastar la cápsula, aunque el tiempo variaba con la temperatura e incluso la altitud. Mientras esperábamos los resultados, nos habló de cómo organizar lo que llamaba una «operación» y recalcó la necesidad de realizar un plan y un reconocimiento cabales antes de atacar un blanco.

Su conferencia nos interesó tanto que nos olvidamos del condón. De repente hubo un destello cegador entre humo acre. Fue sorprendente ver tanta energía combustible salir de una cucharadita de polvo. «Cuarenta y seis minutos –observó nuestro instructor consultando su reloj–. Tiempo suficiente para haber desaparecido sin problemas».

Jack nos recordó que las acciones que estábamos a punto de lanzar no debían provocar lesiones ni pérdidas de vida. «Veremos cómo van desarrollándose las cosas, pero si alguno de vosotros conoce los cuentos de Damon Runyon<sup>1</sup> pudiera estar familiarizado con la frase inicial de uno de ellos: ‘No hay espectáculo mejor en el mundo que una docena de polis muertos en una alcantarilla’. Bueno, cuando la policía tiene un comportamiento fascista, debo admitir que comparto este sentimiento».

Billy le dijo que era mejor que tuviera cuidado, porque podía tener problemas con la dirección. Por primera vez escuché a Jack Hodgson usar una frase que le iba a oír incontables veces en años venideros: «Pues que me maten y me quemem».

Volvió a ponerse serio y nos advirtió que nos atuviéramos a la política del *mk* y evitáramos provocar muertes. Añadió, sin embargo, que si el gobierno se aferraba a su actitud, como había ocurrido en muchas otras luchas –en Cuba y Argelia, por ejemplo–, tendríamos que «quitarnos los guantes». Pensé en «la causa y el efecto» de Alf y vi el vínculo entre Sharpeville y el nacimiento del *mk*. ¿Pero pretendíamos solo presionar al gobierno para obligarlo a cambiar o derrocarlo? De ser así, ¿cómo? En aquel momento percibí estas cuestiones vagamente. En retrospectiva, a partir de lo que nos dijeron Jack y otros líderes, llegué a comprender que la estrategia no había sido elaborada con claridad. En nuestras mentes, el lugar central lo ocupaba la necesidad de devolver el golpe y, con ello, demostrar que era posible desafiar el dominio del apartheid.

---

1.- Humorista estadounidense autor de *Guys and Dolls* (1884-1946).

Después de la visita de Jack, recibimos instrucciones del Alto Mando Nacional de Johannesburgo. La fecha para el lanzamiento de los ataques iniciales del MK debía ser el 16 de diciembre de 1961. Hubo murmullos de aprobación cuando Curnick Ndlovu realizó el anuncio. La fecha, llamada popularmente el «Día de Dingaan», había sido declarada por el gobierno día de fiesta nacional con el nuevo nombre de «Día del Pacto» en conmemoración de la «Batalla del Río Blood» donde el 16 de diciembre de 1838 los bóers habían infligido una fuerte derrota a los *impis* (guerreros) del rey zulú Dingaan. Los bóers habían jurado a Dios que santificarían el día si les entregaba al enemigo.

Se nos instruyó que atacáramos a funcionarios oficiales, sobre todo a los vinculados con la política del apartheid, y se nos recordó que evitáramos pérdidas de vidas. Noche tras noche molimos productos químicos en el cuarto trasero de la farmacia de Steve. Necesitábamos unos 20 kilos de la mezcla de Jack para hacer cuatro bombas. El trabajo era arduo. Los productos manchaban fácilmente la ropa y la piel de púrpura, de modo que debíamos ser extremadamente cuidadosos para evitar dejar indicios a nuestro alrededor.

El 15 de diciembre estábamos listos. Envolvimos con cuidado cada bomba en papel de regalo y las entregamos a diversas unidades de combate. Me encontré con Bruno y lamenté verlo tan bebido. En respuesta a mi pregunta, chasqueó la lengua con irritación y dijo que solo había tomado «*one dop*» (una copita). El objetivo de nuestro grupo era un gran complejo oficial desde el que los funcionarios del apartheid ejercían un control total sobre miles de africanos que procuraban el derecho a trabajar o residir en Durban. El lugar estaba custodiado por una escuadra de policías municipales llamados «cachiporras negras» por el color de sus uniformes. Habíamos observado que en el transcurso de la noche se aburrían y se sentaban junto a un fuego bebiendo cerveza. Ya habíamos dejado sacos de arena sobre la alta hierba que crecía junto a la entrada del edificio. Justo después de media noche, nos acercamos con cautela al edificio. Bruno había preparado nuestro temporizador y añadiría el ácido en el último momento. Me dirigí al lado opuesto del camino llevando el regalo. Un tercer saboteador estaba ya agachado junto a los sacos de arena, mientras un cuarto hombre vigilaba. Los «cachiporras negras» estaban enfrascados en su conversación al otro lado del edificio.

Quité la envoltura y coloqué la bomba que habíamos fabricado junto a la puerta. Bruno puso la cápsula con el ácido dentro del condón,

con el polvo iniciador especial, y armó la bomba. Colocamos los sacos de arena detrás de ella, para dirigir la carga explosiva hacia adentro, después de lo cual desaparecimos en distintas direcciones.

Yo fui directamente a casa, que estaba a oscuras. Me tiré en la cama, pero no podía dormir. Era consciente de que aquel día estábamos haciendo historia y me preguntaba cómo les habría ido a los demás. Sentía alivio porque nuestro grupo hubiera llevado a cabo la misión con seguridad, pero el éxito dependería del funcionamiento de los explosivos. «Claro que explotarán –me dije por centésima vez–. La técnica es tan sencilla».

En las calles de la ciudad aparecieron carteles en los que se proclamaba la existencia de Umkhonto weSizwe. Decían: «En la vida de todo pueblo llega un momento en que queda una opción: someterse o luchar. En Sudáfrica ese momento ha llegado. No nos someteremos, sino que responderemos con todos los medios a nuestro alcance en defensa de nuestros derechos, nuestro pueblo y nuestra libertad».

Grandes titulares en la prensa informaban de los estallidos exitosos de bombas en oficinas del gobierno en Johannesburgo y Port Elizabeth. Durban se mencionó en tono menor.

Los dispositivos se habían colocado en la oficina principal de pases y en el Departamento de Asuntos Indios y de Personas de Color, así como en las oficinas municipales. Se habían producido algunos pequeños incendios, pero las cargas explosivas no detonaron.

Billy y Curnick estaban especialmente molestos con Bruno, quien había preparado la pequeña cantidad de producto necesario para los dispositivos de tiempo. Al parecer no lo había hecho bien. Cuando Bruno les había entregado los dispositivos unas pocas horas antes del inicio de las operaciones, ambos observaron que había bebido mucho. Se le reprendió por ello y se le advirtió que no volvería a tolerársele.

Bruno se enfurruñó. Yo tenía bastante amistad con él y procuré consolarlo después de la reunión. Negó la acusación y dijo que en el futuro demostraría su valía.

La vida se me complicó. Rowley estaba totalmente en contra del cambio de estrategia del Movimiento. En su casa ardían debates sobre el «aventurerismo» del Movimiento. Consultaba ávidamente los textos de Lenin y produjo páginas y páginas de críticas en las que declaraba que las acciones eran «anarquistas». Cuando alegué que la política de no violencia ante la brutalidad del gobierno había desmoralizado al pueblo, me cortó con fuerza:

—¡El pueblo! Ese es precisamente el problema. Somos incapaces de organizar a las masas, de modo que pasamos a usar petardos. Un grupo de conspiradores no nos dará la solución. Lee lo que Lenin dijo de Blanqui. Ataca severamente ese tipo de desviación.

Enfrentado a Lenin, sentí que el viento abandonaba mis velas, pero cavé más profundamente en mis reservas.

—Pero Fidel Castro comenzó con un grupo pequeño. Tenemos que empezar en algún lugar. Tenemos que demostrar que hay una nueva forma...

Nunca había visto tan enojado a Rowley, pero no me trató con animadversión. Me entregó el volumen de Lenin y me pidió que leyera el ensayo sobre el «anarquismo».

Jackie luchó por mantener la paz, sirviendo té y pastel de queso case-ro. Rowley hablaba en tono tranquilo, tratando de no parecer alterado:

—La revolución depende de la organización de las masas. Son las masas las que hacen la revolución, no un puñado de conspiradores.

Eleanor y yo visitamos a los Ponnen. Encontramos a Vera eufórica por el estallido de las bombas.

—Diablos —exclamó—. Cuando leí el periódico esta mañana, me dije: «Ponnen, ¡la jodida revolución ha empezado!».

Ponnen bebía su coñac con coca cola y nos miraba con sus húmedos ojos pardos:

—Se puso tan excitada que tuvo que ir corriendo a mear.

Ansioso por conocer qué pensarían de la crítica de Rowley, intenté explicar sus palabras con la mayor precisión posible. Creí estar acostumbrado al temperamento explosivo de Vera, pero la ferocidad de su reacción me sorprendió:

—¡Carajo! Ese es Rowley. Siempre en contra de la acción. Siempre «las masas, las masas»... como un jodido conjuro. Y se pasará la vida citando a Lenin, como un estudioso del Talmud, hasta que la rana críe pelos.

Ponnen le dijo que se calmara. Ella movió la cabeza y continuó más tranquila:

—No me malinterpreten. Leer a Marx, a Lenin, a Rosa Luxemburgo... incluso al desgraciado de Kugelman si quieren, es muy importante. Pero ninguno de ellos hubiera querido que simplemente se les copiará, que se tuviera fe ciega en ellos, como en una religión. Los usamos como guía, pero debemos comenzar por nuestras propias condiciones. La teoría surge de nuestra propia realidad... ¿no es así, Ponnen?

—No sé de dónde saca Rowley esa teoría de la conspiración —comenzó él—. El ANC y el Partido están prohibidos. No podemos hablar en público. De todos modos, hay cosas que solo pueden discutirse en secreto. Hasta donde Vera y yo sabemos, ha habido discusiones dentro del Movimiento sobre el cambio en los métodos de lucha, apartándose del enfoque exclusivamente no violento. Algunos de los nuestros se han opuesto a ello, pero la visión de la mayoría debió prevalecer. En lo que respecta al anarquismo, esa es violencia desorganizada y carente básicamente de sentido. A mi entender, Umkhonto pretende ser una fuerza organizada y disciplinada. En nuestra situación, no podemos crear un ejército de masas de la noche a la mañana, como pudieron hacerlo los bolcheviques. Los obreros y campesinos rusos estaban ya en el ejército zarista y se rebelaron. Nosotros tenemos que comenzar con pocas personas, en secreto, y construir gradualmente nuestras fuerzas.

Ponnen bebió un trago largo. Vera, Eleanor y yo no le quitamos los ojos de encima.

—Rowley no está equivocado en lo de la organización de las masas y no importa que lo repita como un gramófono —rió entre dientes mientras Vera asentía como un niño castigado—. Hay cosas que merecen ser repetidas. Necesitamos acciones armadas. Espero que este sabotaje conduzca a la lucha armada en sí, que podamos desafiar el monopolio de fuerza del régimen. Pero estas acciones deben formar parte de la resistencia general del pueblo. Deben vincularse a la lucha de masas en zonas urbanas y rurales. Alcanzarlo puede no ser tan fácil. El tiempo lo dirá.

DINAMITA  
1961-1962 Durban

ENTONCES ME DETUVIERON. El arresto se produjo en el trabajo. Una mañana, el director de creación apareció en la puerta de mi oficina con aspecto preocupado y anunció: «La policía pregunta por ti».

Había dos policías de pie en su oficina. El más bajo de los dos se presentó como el teniente Grobler. Era una persona enjuta, diminuta, de cabellos y bigote rojos y ojos inquietos que daban la impresión de una energía explosiva. Me mostró la orden de arresto y dijo que me detenía con arreglo a los Reglamentos de Emergencia de Pondolandia. El Congreso de Demócratas de Natal había editado un panfleto donde apoyaba la rebelión pondo contra la imposición de jefes nombrados por el gobierno. Las palabras de Gobler fueron un alivio, puesto que me preocupaba que me arrestaran por actividades de sabotaje, no por panfletos.

—Estamos en Natal exclamé. ¿Cómo van a arrestarme por reglamentos pondo?

La protesta no hizo mella en él. Me llevaron a la comisaría de policía, me registraron, me tomaron las huellas dactilares y me encerraron en una celda. Allí estaba sentado con mi traje de publicitario, tan incongruente como Grobler en la agencia. Había oído de su reciente traslado a la policía de seguridad desde el escuadrón de robo y asalto, donde se había ganado la reputación de investigador eficiente e implacable.

Me llevaron a juicio en una aldea de Pondolandia junto a otros dos miembros del Congreso de Demócratas. Uno era Graham Meidlinger.

Para entonces, yo era secretario de organización en Natal y los tres formábamos parte del ejecutivo. Rowley obtuvo la fianza, de modo que cuando comenzó el juicio nos alojamos en el único hotel de la aldea, que estaba atestado de miembros de la Brigada Especial de Durban. Era fascinante estudiarlos de cerca: un grupo de aspecto avinagrado que jugaba a las cartas y bebía mucho hasta altas horas de la noche.

Durante el juicio muchos testigos afirmaron que habían recibido nuestro pasquín por correo. La acusación del Estado se desplomó, sin embargo, cuando el juez apoyó nuestro argumento de que los Reglamentos de Emergencia de Pondolandia no eran aplicables a nuestras actividades en Durban, donde habían sucedido los hechos.

A pesar del resultado positivo del juicio, perdí el empleo. Se me dio la oportunidad de renunciar, pero me negué por principios, pues no había mantenido en secreto mis opiniones políticas. Muchos de los empleados se mostraron receptivos. Algunos me habían comprado folletos del Congreso y asistían a reuniones que celebrábamos para los blancos interesados en aprender algo sobre el ANC.

Las actitudes hacia los blancos que tenían que ver con el ANC lindaban con lo paranoico. Como muchos otros que eran tratados injustamente por sus ideas democráticas básicas, experimenté la singular reacción que era posible inducir entre los responsables de ejercer el poder. En una concentración celebrada en Durban el día de los derechos humanos, hablé sobre nuestra exigencia de sufragio universal y terminé mi discurso con una consigna: «¡Un hombre, un voto!». La reacción del ministro de Asuntos Bantúes fue clamar contra los comunistas blancos de Durban por «embriagar a los bantúes» con ideas extrañas. Me hicieron entrega de una orden de restricción, que me prohibía asistir a encuentros o reuniones públicas de más de tres personas. Al poco tiempo, el Congreso de Demócratas fue prohibido con arreglo a la Ley de Supresión del Comunismo. Aunque había algunos miembros del Congreso, como Rowdey y Vera, que no negaban sus ideas comunistas, la organización tenía en sus filas a muchos que no lo eran.

El gobierno pasó a ampliar sus poderes como forma de hacer frente a la oleada de sabotajes. Procuraba aprobar una ley draconiana en el Parlamento que le permitiría someter a los opositores a arresto domiciliario, detener a sospechosos sin acusación o juicio por períodos de 90 días e introducir sentencias más fuertes, incluida la pena de muerte, por sabotaje.

En respuesta al guante que arrojaba el gobierno, el Movimiento convocó a una reunión especial en la costa norte de Natal, que permi-

tiría la participación del jefe Albert Luthuli que había sido desterrado a la aldea de Groutville, donde cultivaba caña de azúcar.

Luthuli presidió la reunión, que abrió guiándonos en el himno nacional –*Nkosi Sikelela África* (Dios bendiga a África)– con una magnífica voz de barítono. La reunión deliberó sobre las últimas acciones del gobierno. El debate de cómo movilizar a la oposición y adaptarse al nuevo estado de cosas tomó gran parte del tiempo. Se habló sobre las nuevas formas que requería la organización clandestina, incluida la necesidad de fortalecer nuestra misión en el exterior. Hubo un informe sobre los avances que realizaba Nelson Mandela en el extranjero y la forma en que él y Tambo obtenían diversos tipos de servicios para el Movimiento. Nadie impugnó la creación del MK.

Durante un receso, mientras todos estaban comiendo, Billy me llamó aparte. Caminamos hacia los cañaverales donde nos reunimos con Curnick y con un camarada bajo y fornido que había abandonado la reunión antes que nosotros. Era Joe Modise, un alto comandante del MK. Le ofrecimos un breve recuento de nuestras actividades, pero en lugar de elogiarnos, nos regañó por no ser más activos.

Curnick observó que las unidades del MK en el Transvaal estaban usando dinamita y preguntó:

—¿No pueden darnos un poco? Con bombas caseras no podemos hacer mucho.

—Tomamos algunos cartuchos de las minas. Intentad conseguirla vosotros –gruñó Modise irritado.

Antes de que pudiéramos aceptar el desafío de Modise, nos convocaron a otra reunión. El comando entero se reunió en un apartamento de Durban. No sabíamos qué se iba a tratar hasta que llegó Billy e hizo entrar a Nelson Mandela, a quien llamaban «La Pimpinela Negra» y que acababa de entrar nuevamente en el país. Con barba y pantalones y camisa caqui, destacaba sobre nosotros mientras nos iba estrechando la mano. Su expresión solemne le daba el aspecto de un comandante. En tono mesurado, afirmó que los actos iniciales de sabotaje eran disparos de apertura en una guerra que pasaría a ser de guerrillas si el gobierno no respondía a nuestras demandas.

Unos días después nos sorprendió la noticia de su arresto. Su captura se produjo en la carretera nacional a dos horas de Durban. Se había erigido una barricada y Mandela fue descubierto conduciendo el coche de un amigo después de la delación de un confidente.

A los pocos días, compareció ante un tribunal de Johannesburgo. Se le acusó de salir del país sin pasaporte y de organizar la huelga de 1961. Fue sentenciado a cinco años de cárcel y enviado a Robben Island, la cárcel de máxima seguridad junto a las costas de Ciudad del Cabo.

Reunimos todos los recursos del MK para hacer constar nuestra protesta por su captura. Para entonces teníamos varias unidades en todo Natal. Las habíamos estado entrenando en el uso de bombas de petróleo caseras y lanzamos una ofensiva contra trenes de mercancías, oficinas del gobierno y grandes plantaciones de caña y zarzos. Por todo Natal ardían con furia los incendios y se provocó bastante daño, pero necesitábamos explosivos más eficaces.

Una de nuestras unidades informó de una instalación de dinamita cerca de una aldea aletargada en las afueras de Durban. Había sido establecida por una empresa de construcción de carreteras. Eleanor preparó una cesta de merienda y salimos a investigar. Con el sonido de la dinamita estallando en las lomas, colocamos una manta a la sombra de un árbol para merendar e iniciamos el reconocimiento. Junto al camino había una gran cerca de alambre de espino. Adentro había un depósito pintado de rojo que concluimos era el polvorín de la dinamita. Vimos a dos hombres que llegaron en un camión, abrieron una verja para entrar en el cercado y luego la puerta del polvorín. Sin prestarnos atención, cargaron algunas cajas en el camión y se alejaron.

—La única forma de entrar es cortando los alambres —observé.

—Más fácil sería tener la llave del candado —comentó Eleanor—. Eso sí que va a ser difícil.

—No si me acerco y le echo una mirada a la marca y el número de serie —repuso.

Cuando no había nadie por el lugar, pasamos inocentemente junto a la verja y Eleanor logró echarle una mirada al candado.

Estuvo varios días explorando ferreterías. Yo dudaba que fuera a encontrar lo que estábamos buscando y me había decidido a usar un cortador de alambre, pero apostó un trago a que lograría su propósito. Un par de días después, nos reunimos en un lugar que frecuentábamos. Eleanor estaba sentada a la mesa bajo una palma con aspecto sereno y recatado. Cuando fui hacia ella me entregó una llave y dijo: «Quiero un gin tonic».

Una noche un grupo de los nuestros detuvo una camioneta cerca del almacén de dinamita. Habíamos averiguado que había un solo guardián que a esa hora estaba bebiendo en un *shebeen* (lugar ilegal a don-

de van a beber los negros). Inserté la llave de Eleanor en el candado y, cuando este se abrió, resolví comprarle rosas al día siguiente.

Bruno comenzó a abrir la puerta del polvorín con una pata de cabra. Comenzamos a llevar las cajas de dinamita al vehículo con la mayor rapidez posible. «¡Muévete!», ordenamos al chofer, que había permanecido junto al vehículo y no sabía cuál era la carga.

Avanzamos a toda velocidad por caminos llenos de baches evitando la autopista. No habíamos anticipado un botín tan grande y tuvimos que buscar un lugar mayor de almacenaje que el que habíamos planeado. Era época de vacaciones, así que terminamos almacenándola temporalmente en una escuela a la que teníamos acceso.

Al día siguiente, grandes cintillos de prensa proclamaban: «Dinamita robada cerca de Pinetown». El hombre que nos había servido de chofer vió el cartel y chocó contra un vehículo tras llevarse una luz roja. Creía que lo que transportábamos eran panfletos clandestinos.

No hubo tiempo para celebrar el resultado de la acción. Pronto pudimos mudar la carga. Habíamos cogido una cantidad tan grande que pudimos abastecer a Johannesburgo y a otras regiones. Escondimos la que conservamos en alijos por todo Durban.

La existencia de explosivos poderosos permitió a nuestras unidades pasar a la ofensiva. Las oficinas de pases fueron demolidas y las líneas ferroviarias cortadas. Y seguimos evitando pérdidas de vidas.

Decidimos realizar una operación especial contra la energía eléctrica de Natal. Pasé muchas horas en motocicleta siguiendo las líneas de torres de alta tensión que salían de las plantas eléctricas. Era fascinante dibujar el sistema de suministro en un mapa operativo. Elegimos tres torres clave, que pensamos provocarían el máximo impacto en el suministro de la región.

Billy comandaba una unidad, Bruno otra y yo la tercera. Habíamos decidido actuar simultáneamente, poco después del anochecer. Conduje a mi unidad a través de matorrales tupidos en la ladera de una loma hasta una torre grande. Eleanor, quien conduciría en la fuga, permaneció en el coche.

Colocamos con cuidado cargas de dinamita en cada pata de la torre. Cada carga estaba compuesta por cuatro cartuchos atados con un detonador con fusible en una de ellas. Tomamos un tramo de cordex, que parece cable eléctrico, y unimos con él las cuatro cargas. Una vez que explotara, una onda de choque viajaría por el cordex y detonaría las otras tres cargas de modo casi instantáneo.

Cuando tuvimos todo dispuesto, llenamos una cápsula con ácido, la colocamos en nuestro condón temporizador y lo atamos en el extremo del fusible. El polvo del condón había sido preparado ese día y se había comprobado para estar seguros de que servía. Revisamos el trabajo para asegurarnos que todo estaba en orden y nos retiramos en el auto.

Eleanor y yo estábamos en casa después 40 minutos tras haber dejado a nuestros compañeros en el camino. Yo me había ido de casa de Rowley para compartir una casita con ella. A la Brigada Especial le había dado entonces por allanar las casas de los principales activistas inmediatamente después del estallido de bombas con el propósito de controlar sus movimientos. Calculamos que faltaban unos cinco minutos.

No esperamos mucho. De repente la casita donde vivíamos quedó a oscuras. Salimos corriendo afuera para comprobar la magnitud del apagón. No había una sola luz en la calle. Subimos la loma hasta un parque desde donde se obtenía una buena vista de la ciudad y se divisaban el centro, la playa y el puerto. Una oscuridad fantasmagórica había borrado la ciudad completamente. Nos abrazamos y bailamos una *giga* en el parque.

Recordando los allanamientos de la Brigada Especial, regresamos con rapidez. Eleanor encontró unas velas y descansamos a su luz. A los diez minutos un coche se detuvo junto a la puerta. Era un miembro de la Brigada, para comprobar si estábamos en casa. Le preguntamos si sabía qué había pasado con las luces...

Sonrió y dijo:

—Mañana se enterarán por los diarios.

POR LA TRAMPILLA  
Mayo de 1963 - Durban

LAS NOTICIAS DEL SABOTAJE DE DURBAN aparecieron en titulares nacionales e internacionales. Se había cortado la electricidad a la ciudad y se afectaron también zonas costeras y del interior. Decidimos continuar con la ofensiva, a pesar del aumento de los allanamientos de las fuerzas de seguridad, la vigilancia continua a los objetivos estratégicos y las intensas patrullas de la policía y el ejército. Las palabras de Jack Hodgson resonaban en nuestros oídos: «Cuando tengan que cuidar todo lo que se abre y se cierre en el país, no tendrán a nadie disponible para controlar a las personas».

Seguí llevando una doble vida y a principios de 1963 me matriculé en la universidad. Me interesaba más la preparación física que los estudios.

En aquel entonces, el gobierno comenzó a entregar órdenes de arresto a los opositores que consideraba más peligrosos. Helen Joseph fue la primera persona bajo arresto domiciliario de 24 horas; le siguieron Walter Sisulu, Govan Mbeki, Jack Hodgson, su esposa Rica y muchos más. Líderes como Moses Kotane y Joe Slovo siguieron a Tambo al exilio para organizarse desde afuera. Se me consideraba afortunado, porque solo me limitaron a la circunscripción de Durban.

Cuando Rowley recibió una orden de arresto domiciliario de la puesta del sol hasta la madrugada, un grupo de partidarios realizaron una manifestación de solidaridad frente a su casa. Entre ellos se encontraban Ebe, Eleanor y Barry Higgs, que fueron arrestados y multados

por «provocar disturbios públicos». Los indicios de que habría una inminente redada policial aumentaban. A causa de mi orden de restricción, yo debía presentarme semanalmente en una comisaría. Un día que firmaba el registro, el sargento de guardia me miró y dijo: «¡Si no te largas para Israel, vamos a acabar contigo aquí!».

Mencioné la posibilidad de pasar a la clandestinidad a M. P. Naicker y a Billy que, al igual que Rowley, estaban sometidos a prisión domiciliaria de 12 horas. «Somos presa fácil», argumenté. Era evidente que en cuanto se aprobara la ley de los 90 días seríamos arrestados. Vacilaron sobre la decisión pero me instruyeron para que organizara un comando de reserva del MK. Como ya habían estado detenidos cuando el Juicio de Traición y habían pasado a la clandestinidad durante el estado de emergencia, les resultaba difícil abandonar de nuevo a su familia. Para los jóvenes como yo, que no teníamos tanto que perder, era más fácil.

Eleanor, sobre todo, me instaba a actuar, pero como no me habían dado instrucciones firmes de pasar a la clandestinidad, retrasaba la decisión.

Ese día, cuando regresé a nuestra casita, la encontré trabajando. Cuando nos mudamos, habíamos descubierto una trampilla en el piso de nuestra habitación. Estaba debajo de la cama, que Eleanor había echado a un lado. La abrimos e iluminamos el oscuro agujero con una linterna. Había muchas telarañas, un olor frío y húmedo y un suelo de piedras a un metro de las maderas del piso. Me metí en el agujero y me deslicé sobre el estómago. Había llegado a los cimientos de la casita, pero, para mi desilusión, encontré que no tenía salida.

—Bueno, al menos tenemos un escondite —comentó Eleanor.

Un par de noches después visité a Billy en secreto, pues como ambos teníamos órdenes de restricción, no podíamos comunicarnos. La cláusula de detención de 90 días se había hecho ley. La policía podía detener a quien quisiera, sin explicación, y mantenerlo en aislamiento por períodos de tres meses. Según el ministro de Justicia, John Vorster, los períodos de 90 días podían repetirse «hasta la eternidad». Los detenidos no tenían derecho a acceder a abogados o familiares.

Billy vivía en un edificio llamado Casa Himalaya, cerca del mercado central. Permanecí en un callejón lateral mientras un joven del edificio iba a llamarlo. Billy estaba tranquilo y, como siempre, de buen humor. Me dijo que hiciera todo lo posible por evitar ser arrestado. Debía garantizar que el comando de reserva seguiría en funcionamiento

en caso de redada. Él y los demás tendrían que encarar la detención. Nadie iba a dejarse vencer. Si los nuestros podían «aguantar» la detención, como había ocurrido durante el estado de emergencia, el gobierno tendría que «volver a empezar de cero». Parecía seguro de sí mismo, pero yo tenía mis dudas. Nos abrazamos y nos deseamos buena suerte. Esa fue la última vez que lo vi en 27 años.

Esa noche estaba tratando de ponerme al día en mis estudios universitarios. Leía *Grandes expectativas* de Dickens a la noche. A las dos de la mañana tocaron con fuerza la puerta. Dejé a Dickens mientras Eleanor se despertaba enseguida. Me ayudó a meterme en la trampilla y luego luchó por volverle a poner la cama encima. Debajo del piso la oscuridad era total. Escuché pasos pesados arriba. Parecía como si varias personas estuvieran caminando por allí.

La casita era pequeña. La puerta de entrada llevaba a una salita junto a la cual estaban la cocina y el cuarto. Este llevaba al baño. No había puerta trasera. El examen más breve bastaría para demostrar que yo no estaba allí. La cama, a pocos centímetros del suelo, no daba la posibilidad de que hubiera alguien escondido debajo. Mientras no se les ocurriera examinar el suelo...

Pero, ¿y si llevaban a Eleanor a la comisaría para interrogarla? Me hubiera sido imposible salir. La idea me enfriaba más que la tierra que permeaba mis huesos.

Después de lo que pareció un siglo, Eleanor abrió la trampilla.

—Era la Brigada Especial. Cuatro hombres, dirigidos por Grobler, disimulando. Dijeron que debías contactar con ellos por la mañana.

Estaba un poco nerviosa, pero controlada. Les dijo que no volvería a verme porque habíamos tenido una pelea y la había dejado. Señaló hacia un cuadro en el que había una copia de la Carta de Libertad, firmada por el jefe Luthuli, que se había caído de la pared y se había dañado. Les dijo que me lo había roto en la cabeza.

Era hora de irme. Me puse una gorra y un abrigo. Realizamos arreglos de última hora para contactos futuros e iba a abrir la puerta cuando Eleanor me detuvo justo a tiempo. En las sombras de la calle había un vehículo aparcado con cuatro hombres dentro. Nos pasamos el resto de la noche sentados en la casita, susurrando.

A eso de las seis de la mañana, justo antes del alba, el auto desapareció y Eleanor vio que la policía se marchaba. Caminó hasta la cabina telefónica, como si fuera a hacer una llamada, para atraer sobre sí la vigilancia en caso de que Grobler hubiera dejado a alguien obser-

vando la casa. La seguí con la mirada para asegurarme que nadie iba tras ella, salté un muro, salí a una calle lateral y me alejé con rapidez entre las sombras.

Habían arrestado a cientos de sospechosos en redadas en todo el país, entre ellos a Billy y a Curnick. Ebe y Bruno habían estado durmiendo fuera de casa y estaban a salvo. Los demás miembros de nuestro equipo de reserva, David Ndawonde y Stephen Mtshali, comandantes de unidades del MK en dos barrios importantes, y Abolani Duma, nuestro organizador real, estaban a salvo.

Hice colocar un anuncio en los clasificados de un diario: «Reunión del grupo de arte Phoenix el viernes próximo». Sería una reunión de nuestro comando. La hora y el lugar habían sido convenidos de antemano. Entré furtivamente en los jardines botánicos de la ciudad un viernes de invierno al anochecer. Un amigo me había cortado el pelo y llevaba gafas. En mi labio superior ya se veía la línea del bigote. Desde las sombras observé a David y a Stephen entrar en los jardines y dirigirse a un banco, seguidos de cerca por Ebe. Me acerqué a ellos.

Nos encantó vernos e intercambiamos noticias sobre los arrestos y sobre nuestra situación. Comprendíamos que la Brigada Especial confiaría en la incomunicación y los interrogatorios para obtener más información sobre el MK y con demasiada facilidad pensamos que por los detenidos no se enterarían de nada. Los años de lucha habían producido una camaradería que hacía que tuviéramos gran fe unos en otros. Gran parte del trabajo futuro dependería de David y Stephen. Los dos eran obreros jóvenes y enérgicos, la policía no los conocía mucho y tenían buenos contactos en los barrios segregados. Informé que Bruno y Duma estaban a salvo y dispusimos una reunión en la que todos estaríamos presentes.

Con la ayuda de Eleanor entre bastidores, establecimos nuestro cuartel general clandestino en la zona de Kloof, una pequeña aldea a 15 minutos de Durban. Era un lugar rústico donde los blancos prósperos mantenían casas con jardines llenos de recovecos y numerosos sirvientes. Los padres de Eleanor tenían una propiedad desocupada en el lugar. Estaba rodeada por un espeso seto y tenía unos cobertizos destartados. No había electricidad, pero sí una nave con agua corriente. Era un lugar de exuberante flora subtropical, un paraíso para las aves. Los padres de Eleanor apenas lo visitaban y ella les preguntó si un estudiante de botánica podía acampar allí para realizar un estudio de campo. Como la enseñanza era algo que tenían en alta estima, estuvieron de acuerdo.

Tomé prestada una camioneta y nos pusimos a trabajar limpiando los cobertizos y trayendo muebles rudimentarios. Había solo una habitación cerrada, en la que dormíamos. Necesitábamos dinero y nos alivió recibir algo de M. P. Naicker, que enviaba a Eleanor a Johannesburgo para obtener más fondos para nosotros.

Pero enseguida volvió a golpear la desgracia. El 11 de julio de 1963, la policía de seguridad allanó una granja en Rivonia, en las afueras de Johannesburgo, y arrestó a la dirección del Movimiento, incluidos Walter Sisulu y Govan Mbeki. Uno de los hombres de la Brigada Especial se jactó ante Walter Sisulu: «Os hemos hecho retroceder veinte años».

Considerábamos el terreno de Kloof solo un refugio temporal. Una mañana, con el bigote respetablemente crecido, me arreglé y me afeité. Me puse un traje de safari y visité al agente inmobiliario del lugar y, con el acento más de clase alta que pude fingir, dije ser un escritor inglés de vacaciones que buscaba una casa en la zona. Asignaron a una mujer excesivamente refinada para que me llevara a ver algunas propiedades. Al fin me decidí por una casa modesta en otro lugar rústico, a solo cinco minutos de Kloof.

Pronto nos instalamos en nuestra nueva residencia. Duma, un campesino que, a diferencia de los otros, hablaba poco inglés, regresó a nuestra base después de un exitoso viaje a la zona rural de Natal. Comenzamos a comprender que no se había prestado atención suficiente a las zonas rurales, porque la mayoría de los cuadros estaban empleados en la ciudad, pero Duma estaba empezando a reclutar a muchos miembros para el MK y, por primera vez, empezamos a ver la posibilidad de establecer una red rural, lo que sería de gran valor para el desarrollo de la guerra de guerrillas.

David y Stephen informaron de avances en la reorganización de la red de Durban después de las redadas. Comenzamos a elaborar planes para una nueva ofensiva de sabotajes destinada a elevar la moral de nuestros partidarios. Al mismo tiempo, dispusimos celebrar una reunión con M. P. Naicker y otros dirigentes políticos para evaluar los cambios ocurridos en la situación y examinar nuestra estrategia.

Como siempre, teníamos pocos fondos. Mandamos a Eleanor a Johannesburgo una vez más, esperando que regresara ese mismo fin de semana con dinero. Bruno se iba a reunir al mediodía con David y con Stephen en el terreno del Kloof para entregarles temporizadores. Las reglas de compartimentación de la información hacían que ellos no conocieran el lugar al que nos habíamos mudado.

Disfracé a Bruno. Tomó el último billete de diez chelines para comprar un poco de carne para la cena y se marchó. Al atardecer, Ebe y yo comenzamos a inquietarnos. Debía haber regresado hacía mucho. Cuando surge un problema, inevitablemente afloran temores sobre la fiabilidad de la persona. Comenzamos a pensar que seguramente había ido a un *shebeen* y se había emborrachado. Incluso la mañana siguiente, cuando aún no había regresado, intentamos no pensar en la posibilidad de un arresto. No solo se habría emborrachado, pensábamos inquietos, sino que habría encontrado una mujer y habría pasado la noche con ella.

Estuvimos todo el domingo sentados esperando que apareciera. No teníamos dinero ni transporte y no deseábamos movernos. Cerramos la casa y, para vigilar con relativa seguridad nos retiramos al monte. Justo al anochecer escuchamos un coche. Saqué la pistola y la monté. Era Eleanor. Había habido problemas en el Kloof.

Cuando le hablamos de la desaparición de Bruno, de inmediato concluyó que había sido detenido. Al regresar de Johannesburgo esa tarde, había visitado a sus padres. La policía, que los había encontrado por medio del agente inmobiliario del lugar, ya había contactado con ellos para preguntarles sobre «un nativo» que había sido arrestado en su propiedad.

La noticia significaba que debíamos evacuar la casa enseguida. Eleanor nos condujo a toda velocidad a Pietermaritzburg, donde había un grupo del Congreso de Demócratas que pronto nos llevó a una casa de seguridad. La reunión que habíamos concertado con M. P. Naicker y otros debía producirse al día siguiente. Habíamos convenido reunirnos en la estación de Kloof. Como el agente de bienes raíces que tenía su oficina cerca me conocía y yo era ya una figura familiar en la calle central de Kloof, Ebe se responsabilizó de ir al lugar e informar a M. P. y a los demás que sería necesario cancelar la reunión. Lo despedí esa mañana cuando tomaba el autobús.

Eleanor vino a verme esa noche con más noticias alarmantes. La noche anterior, M. P. Naicker y varios más habían sido arrestados. Muchos eran miembros prominentes de la red del MK. Había algo de preocupación por Stephen Mitshali y David Ndawonde, que no aparecían. Parecía que Ebe había sido detenido también.

Recibimos instrucciones de Vera y George. Debía informar a Johannesburgo sobre la situación y permanecer allí, ya que sería más seguro. Al parecer, había carteles de «Se busca» con mi foto en todas las comisarías de policía y pensaban que mi captura por la Brigada Especial era solo cuestión de tiempo.

Me negué y pedí a Eleanor que les dijera que ella podía ir a Johannesburgo a presentar el informe. Consideraba mi deber quedarme en Pietermaritzburg, como base desde la cual proceder a la reorganización.

En ese momento, Eleanor me dio un sobre sellado. Vera le había pedido que me lo entregara si me mostraba obstinado. Era una frase de su puño y letra: «Camarada, las órdenes son órdenes. No pueden discutirse. Debes ir a Johannesburgo de inmediato. Vera». Había una postdata: «Suerte y cuídate».

Me preocupaba la seguridad de Eleanor, a quien los arrestos podían poner en peligro. Me dijo que también Vera estaba preocupada por ella. Se convino que dejara el trabajo un tiempo y durmiera en casa de unos amigos. Vera y George deseaban que fuera a Johannesburgo pronto para hablar sobre su papel con los líderes de allá.

A la mañana siguiente, Ebe no había regresado y supusimos lo peor. Me sentía especialmente deprimido, porque yo pude haber ido a Kloof y no él. Abracé a Eleanor y dispusimos reunirnos en Johannesburgo.

Agosto - octubre de 1963

Johannesburgo, Pietermaritzburg, Bechuanalandia

UNA VEZ EN JOHANNESBURGO, comparecí ante Bram Fischer, una importante figura de la clandestinidad. Como principal abogado defensor de una prestigiosa familia afrikaner, disfrutaba del respeto de muchas partes. Era un hombre cortés, de unos cincuenta y cinco años, con una sonrisa amable y cabellos gris plateado. Preguntó por Eleanor, quien le había estado informando sobre la situación en Durban. Era evidente que le simpatizaba y dijo que se parecía a su hija menor. En las semanas siguientes me visitó con frecuencia. Las detenciones de Rivonia tomaban gran parte de su tiempo. Los golpes que había recibido el Movimiento debían de haber constituido una inmensa tensión para él, sobre todo desde que se había hecho evidente que llevaba la carga de dirigir la acción de retaguardia. Pero mantuvo la entereza, vivaz y chispeante todas las veces que se ocupó de mí.

Eleanor llegó con los cabellos teñidos de negro, lo que la hacía parecer muy distinta. Los camaradas de Durban pensaban que corría riesgo y deseaban sacarla del país. Después de largas deliberaciones, Bram le pidió que pensara en regresar a Durban por el papel que podía desempeñar en la reconstrucción de la clandestinidad. Sin duda era un riesgo, pero aceptó sin pestañear. Le molestaba más tener que volver a teñirse los cabellos a su color original.

Poco después los diarios informaban de su detención en el trabajo con un titular: «Divorciada rubia detenida en Durban por la Ley de los 90 días». Comencé a contar los días de su detención, tachando cada

uno antes de ir a la cama. Me sentía muy deprimido y el tiempo se me hacía eterno. John Bizzel, uno de los que habíamos reclutado en Durban, estaba trabajando en Johannesburgo y me ayudó a mantener el ánimo.

Un día traje a mis padres para que me vieran. Fue un alivio que, aunque les preocupaba mi seguridad, no hubiera recriminaciones, sino más bien apoyo. Desde que había comenzado a participar en política, mi madre me había dado un apoyo más o menos instintivo. Mi padre había intentado comprender mi posición, no sin fuertes argumentos en contra, y había llegado a respetar mis ideas. El principal deseo de ambos era que abandonara el país.

Esta parecía convertirse en una posibilidad evidente, aunque me prometía a mí mismo que nunca me iría sin Eleanor. Según Bram, los camaradas de Durban recomendaban que se me enviara a recibir entrenamiento militar como parte de la creciente fuerza que se reunía en el extranjero. Aunque había pensado en mantenerme en Johannesburgo con él, se resistía a disentir de la solicitud.

La siguiente vez que me visitó, traje buenas noticias de Eleanor. Había logrado que la trasladaran a un hospital y encontrado la forma de sacar una carta. Y lo que era mejor, creía tener la posibilidad de escapar. Bram me entregó su nota:

El teniente Grobler y otro miembro de la Brigada Especial me arrestaron en el trabajo. Querían saber dónde estaba R. Me mantuvieron incomunicada en la cárcel central. Me interrogaron constantemente. «¿Dónde está R? ¿Dónde están los explosivos?». Estoy segura de que Bruno está cooperando con ellos. Debe de haber hablado de la casa a las 36 horas, porque allanaron el lugar poco después de irnos. Hay muchos indicios de que está hablando. Saben casi todo sobre nuestras operaciones y algunos detalles sobre mí que, hasta donde puedo estar segura, solo conocían R, Billy y Bruno. Y Billy no ha hablado nada. La Brigada comenta lo terco que es. Ebe tampoco habló. Todos los oficiales investigadores son nuevos, salvo Grobler, que es despiadado. Me amenazó en numerosas ocasiones y me haló el pelo con furia. Es antisemita y despotrica sobre cómo los judíos maltratan a las chicas «cristianas». Después de trasladarme aquí, permitieron que mi padre me visitara. Dice que los de la Brigada le dijeron que «el nativo que atraparon en Kloof está cantando como un canario» y que «ni siquiera tuvieron que ponerle un dedo encima».

No te alarmes porque esté aquí, en Fort Napier, un sanatorio mental. Solo tenía que salir de la cárcel para advertirte sobre Bruno y me fue fácil

fingir una crisis nerviosa. No saben cómo tratarme. Me negué a comer durante seis días y me mostré deprimida y enferma. Trajeron a un psiquiatra, quien recomendó que me trasladaran aquí. Estoy encerrada con unas 80 pobres desdichadas. Algunas están completamente idas, pero es sorprendente la rapidez con la que una se acostumbra a ese tipo de cosas. He contactado con algunas personas simpatizantes y es posible escapar. Necesitaré transporte una vez que salga del lugar. No sé cuánto tiempo permitirá la Brigada Especial que esté aquí. Se supone que es una estancia temporal.

Bram me miró de modo penetrante. Había dos preguntas clave en su mente. Primero, ¿creía que Bruno se había ablandado? A algunos camaradas de Johannesburgo, que lo conocían, les parecía improbable. Pensé un momento, porque me era difícil pronunciar me negativamente sobre un camarada detenido que podía estar luchando por su vida, pero respondí que era posible. Les hablé sobre el problema de Bruno con la bebida, del que en gran medida habíamos hecho caso omiso, e indiqué que podía tener debilidades ocultas que no percibiéramos. La segunda pregunta que me formuló Bram tenía que ver con el plan de Eleanor para escapar. ¿Podíamos confiar en su evaluación? Respondí positivamente, pero indiqué que la crisis nerviosa me preocupaba.

La calificó de «estratagema inteligente». Solo habían detenido a otra mujer blanca con arreglo a la Ley de 90 días y, a su entender, a las autoridades les aterraba que algo saliera mal.

Comenzamos a trabajar con el grupo de Pietermaritzburg para preparar su fuga, pero resultó que escapó casi por su cuenta. Mientras le daban vueltas a cada detalle de los preparativos, ella actuó. La primera noticia que recibimos fue de John Bizzel, quien vino a celebrarlo. «¡Grandes noticias de Eleanor! ¡Se ha fugado!», proclamó con alegría.

Unos días después oí un ligero crujido en la puerta de mi apartamento. Esperaba a Eleanor, pero permanecí en silencio total y agudicé el oído. Entonces, incapaz de contener la impaciencia mucho más, abrí la puerta de par en par. Vi a un muchacho con pantalones grises y chaqueta deportiva, rostro pálido y cabellos oscuros bajo una gorra. La figura alta, menuda, me sorprendió, pero entonces reconocí la sonrisa pícara. Fue un momento de triunfo. Eleanor y yo nos pusimos a bailar por la habitación.

Una vez que amainó la emoción del encuentro, contó su historia. Comenzaba con su detención en el trabajo. Había intentado esconderse

detrás de un librero y salir por la puerta trasera, pero la Brigada Especial fue demasiado rápida. La incomunicaron en la sección femenina de la Central de Durban y Grobler la llevó a un centro de interrogatorios casi todos los días.

—Está desesperado por capturarte. Se jacta de que siempre captura a quien quiere y dice que te va a colgar. Hacía observaciones obscenas sobre los judíos y me maldecía por estar contigo. Hablaba de una unidad de primera que se había creado para hacer frente al MK. Parecía más eficiente que las demás, pero seguía confiando en la detección básica, pasando de forma sistemática de un indicio a otro y descansando con fuerza en los interrogatorios. No había más especulación sobre nuestros objetivos estratégicos que: «Ustedes quieren arruinar el país para que Rusia pueda hacerse con el poder».

Por fragmentos de conversación escuchados en el centro de interrogación sabía que ni Ebe ni Billy habían hablado. Billy les había dicho que lo mataran si querían, pero que no abriría la boca. Después de arrestar a Ebe en la estación de Kloof lo habían llevado a un lugar solitario y lo habían dejado inconsciente a base golpes sin que dijera nada. Fueron Bruno y otros pocos los que se habían acobardado. Los miembros de la Brigada Especial se jactaban de que Bruno había empezado a hablar el día después de su detención. Decían saber tratar a los delincuentes y revelaron que era un ladrón que había cumplido varios años de cárcel por robar en una propiedad de los ferrocarriles.

Se hacía evidente por qué había dado muestras de tanta habilidad al entrar en el polvorín. Habíamos aceptado sus referencias con demasiada facilidad, sin conocerlo realmente.

Eleanor tenía tanto de qué desahogarse que no callaba. Al parecer el desastre se inició con la detención de la esposa de Stephen Mtshali. Entre ella y Stephen había algún problema e informó a la policía de dónde se escondía. Tal vez la sorpresa que le produjo la traición de su esposa afectara a su moral, pero resultó que había llevado a la Brigada Especial a la cita de Kloof con Bruno.

Una vez que comprendió lo desesperado de la situación, Eleanor comenzó a pensar en escapar. Lo primero que hizo fue negarse a comer y luego comenzó llorar. Llamaron a un psiquiatra, que le dijo a la policía que no estaba en condiciones de ser interrogada y que requería tratamiento hospitalario.

La llevaron a Fort Napier, un hospital psiquiátrico que se encontraba en un fuerte colonial rodeado de altos muros. Cuando atraviesa

ron la verja principal, le advirtieron que no se creyera «muy lista» porque la iban a encerrar en la sección de seguridad.

Desde dentro del edificio, Eleanor podía oír gritos y gemidos. Adentro había centenares de pacientes caminando de un lado a otro. Eran jóvenes y viejas y terriblemente pálidas. Dormían en salas grandes. Para alivio de Eleanor, la llevaron a una celda para una sola persona y la encerraron para pasar la noche. Afuera se escuchaba de modo constante el arrastrar de pies y veía ojos de pacientes que miraban por una rejilla. A la mañana siguiente no quería dejar la celda y las enfermeras tuvieron que convencerla para que desayunara. Le dijeron que las pacientes eran inofensivas. Muchas llevaban años sedadas. Algunas ni la miraron. Otras sentían curiosidad por la «chica nueva» y la miraban con risitas. Las más atrevidas la tocaban. Eleanor comenzó a ayudar a las enfermeras a cuidarlas y encontró algunas lúcidas con las que jugaba a las cartas.

Le había pedido a una de ellas que invitara a uno de los colegas del Congreso de Demócratas a que la visitara. Esta accedió y ambas escribieron una carta a un estudiante de Pietermaritzburg. La curiosidad lo hizo responder y, como era de esperar, llegó a Fort Napier sin estar seguro de qué se trataba, pues en ese momento los camaradas no sabían que Eleanor estaba detenida allí. Mientras hablaba con la paciente, Eleanor pasó y le entregó dos notas. Una era para Bram y para mí y en la otra detallaba la ayuda que necesitaría para escapar.

Unos días después, mientras esperaba una respuesta, supo por una de las enfermeras que la policía la llevaría de regreso a Durban al día siguiente.

Esa noche Eleanor concluyó sus planes. Había cultivado una amistad con alguien que había aceptado dejar una puerta abierta brevemente la mañana siguiente, justo antes del desayuno.

Vestida elegantemente con ropas que había escondido y con una bufanda atada a la cabeza, atravesó enseguida los terrenos de Fort Napier. Era el cambio de turno, cuando el personal entraba y salía, en muchos casos sin uniforme. Nadie reparó en ella. Cuando salió por la verja, el guardia no le prestó atención. Una vez afuera, resistió la tentación de echar a correr.

A los camaradas que la ayudaron les sorprendió su repentina fuga. Enseguida la vistieron de muchacho. Como el disfraz era tan bueno, decidieron sacarla del pueblo con la mayor rapidez posible. Aunque Pietermaritzburg estaba rodeada de barricadas, la policía solo buscaba vehículos con mujeres jóvenes.

Le habían cortado el pelo muy corto. Volvió a ponerse la gorra y adoptó una actitud desenfadada.

—Buenos días, señor —dijo imitando una voz masculina.

—Ni tu madre te reconocería —bromeé.

Esta mención de su familia la alteró y por primera vez pareció ansiosa.

—Estoy tan preocupada por mis padres. Mi padre pareció desconsolado cuando nos vimos. ¿Y qué voy a hacer con Brigid?

Se veía angustiada. Intenté consolarla, diciéndole que Brigid estaba en buenas manos. Una vez que saliera del país, podía contactar con sus padres y su hija. Esto la animó.

Babla Saloojee nos llevó a la frontera de Bechuanalandia. Tenía la reputación de ser una persona osada y de recursos. Supuse que había hecho muchos viajes de ida y vuelta a la frontera. A Eleanor le habían puesto un traje tradicional musulmán. Le habían echado una crema oscura en las manos y rostro y llevaba una larga peluca negra. Permaneció en silencio mientras viajábamos. Sentí que estaba muy tensa. Yo iba vestido como un próspero comerciante indio, con traje y barba. Bram nos había dado tarjetas y cartas con el nombre de una pareja india.

Con nosotros había dos ancianos. Uno era Julius First, padre de la renombrada figura del antiapartheid Ruth First. Era un hombre taciturno con gafas, que siempre fumaba tabaco, lo que no contribuía al estado de ánimo de Eleanor. Debía abandonar el país por sus vínculos con la compra de la granja de Rivonia. Bram me había pedido que lo cuidara. El otro era Molvi Cachalia, que ayudaba a Babla y estaba allí para reforzar la impresión conservadora de nuestra imagen colectiva. Tenía una larga barba gris y llevaba atuendo musulmán tradicional. Tenía el aspecto de un santo varón y, según explicó Babla, «Molvi» no era su nombre, como yo había supuesto, sino que significaba sacerdote.

Babla se dirigía al Transvaal occidental. La tensión de Eleanor pareció afectarnos a todos. Temíamos que nos detuviera una barricada. Babla sintió el desasosiego y nos informó que había camaradas en un coche piloto que iba delante y habían llamado para decir que la carretera estaba limpia.

—En todo caso —dijo—, si nos encontramos con una barricada, déjenme hablar a mí. Casi nunca les interesan los pasajeros y nosotros tenemos aspecto respetable.

Después de tres horas de camino, atravesamos Mafeking. Babla explicó que estábamos en el norte del Cabo y, cuando comenzamos a

dar vuelta hacia el oeste, anunció que viajábamos paralelamente a la frontera de Bechuanalandia. Faltaba menos de una hora para llegar al cruce. Llegaríamos justo al amanecer.

En ese momento, cabía la posibilidad de que nos encontráramos con una patrulla fronteriza a lo largo del camino, pero Babla nos dijo que mantuviéramos la calma. A lo largo de la frontera había varios comercios con los que tenía contacto y llevaba papeles que lo demostraban. «Solo diré que llevamos al Molvi para que diga algunas oraciones».

El campo era seco y plano, con algunas lomas rocosas, algunos matorrales y pequeños rebaños de chivos. Había muchas granjas por el camino y pasamos a algún campesino guiando una carreta tirada por burros. Babla señaló una cordillera hacia el norte y nos informó de que casi habíamos llegado a nuestro destino. El camino se volvía hacia la derecha y Babla comenzó a disminuir la velocidad. Creí ver una cerca alta a pocos cientos de metros de distancia cuando se detuvo junto a un par de espinos. En el momento que bajamos con rapidez, me dio instrucciones, señalando a un comercio de techo rojo del lado de Bechuanalandia, a varios cientos de metros de distancia. Encontraríamos una escalera de madera en la cerca de la frontera, un punto de cruce de los campesinos del lugar. Del otro lado habría amigos en un Landrover que nos echarían una mano.

Julius First y Molvi Cachalia se despedían junto al camino. Eleanor dio el aviso de que se acercaba un vehículo. Vi una nube de polvo a solo una milla. Julius tenía dos maletas pesadas. Eleanor y yo llevábamos un maletín para los dos. Tomé las tres maletas. Eleanor iba a tener que servir de apoyo a Julius.

Al fin Babla logró meter a Molvi en el automóvil y se marcharon. Eleanor, que se había quitado el traje punjabi y la peluca, tomó a Julius del brazo y corrimos a ocultarnos. En cuanto nos escondimos detrás de una roca, pasó un vehículo de la policía a toda velocidad. Parecía estar persiguiendo a Babla. En cuanto desapareció, nos pusimos en marcha, con la esperanza de que a Babla le fuera posible usar su labia para salir de un posible problema.

Al fin llegamos a la escalera. Cerca había granjas a ambos lados de la frontera y una pareja de aldeanos nos miró con sorpresa. Examiné los alrededores con ansiedad, con la esperanza de que nadie nos enfrentara en esta etapa final.

Eleanor fue la primera en subir y esperó arriba mientras yo ayudaba a Julius a seguirla. Las maletas eran demasiado grandes para pasar

por entre el alambre. Tuve que subirlas por la escalera, una a una. Al fin subí y pude ver, ante el horizonte septentrional, un Landrover que llegaba al comercio de techo rojo. Su aparición no pudo ser más oportuna.

Estábamos en suelo del Protectorado Británico de Bechuanalandia. Nunca pensé que la bandera del Reino Unido me produjera alivio. Era a principios de octubre de 1963. Esperábamos regresar en un par de años a lo sumo, como parte de un ejército revolucionario victorioso. Ni por un momento pensamos que estaríamos varias décadas en el exilio.